



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN ARQUITECTURA**  
**Facultad de Arquitectura**  
**Campo de conocimiento «Análisis, Teoría e Historia»**

*La arquitectura como elemento de identidad*  
*El caso del barrio del Coecillo en León, Guanajuato*

**TESIS**

Que para optar por el grado de  
**Maestro en Arquitectura, presenta:**

**Pedro Alfonso Muñoz Sánchez**

**Tutor: Dr. José Ángel Campos Salgado**

Facultad de Arquitectura

**México D.F. Marzo de 2013**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

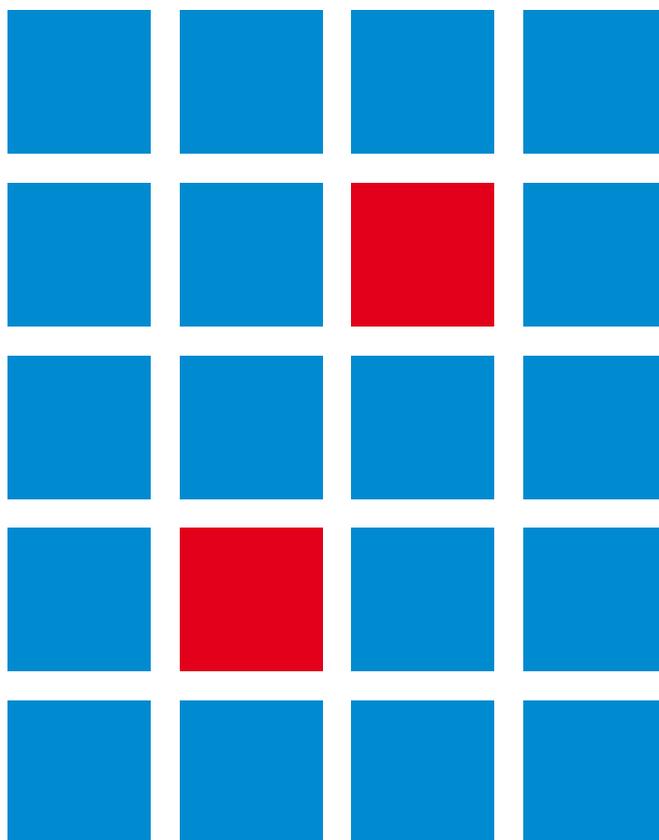


**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



**LA ARQUITECTURA  
COMO ELEMENTO DE IDENTIDAD**  
*El Caso del Barrio del Coecillo*

Presenta

**Pedro A. Muñoz Sánchez**



FES Aragón



*La arquitectura como elemento de identidad*  
*El caso del barrio del Coecillo en León, Guanajuato*

**PEDRO ALFONSO MUÑOZ SÁNCHEZ**

## **AGRADECIMIENTOS**

A mi Madre y mi Padre, Ariel y Ulises. Por estar siempre allí, por apoyar, por impulsarme y por creer desde un inicio que esto podía ser posible. Por el esfuerzo que ellos realizaron para que todo este trabajo, finalmente fructificara.

A mi hermano Ruy, que siempre estuvo dispuesto a brindar su ayuda (a veces con más resignación que entusiasmo), sus medios y su talento para los propósitos afines.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, al programa de Maestría y Doctorado en Arquitectura, pero particularmente al campo de conocimiento Análisis Teoría e Historia. Por el apoyo, por brindar los medios, la motivación y mostrar el camino.

A mis amigos, Alejandro Vera, Viridiana Romo, Jorge Rocha. Porque su apoyo fue esencial y sus contribuciones están marcadas en estas páginas.

A mis amigos Jesús Bobadilla, Jesús Rivera, Dionisio Aguilar y Luis Márquez, con quienes compartí durante este proceso techo, alimento e historias.

A Maricela, Guillermina, Guadalupe y Bertha Edith Sánchez, mis tías, que siempre han respaldado mis logros y me han dado la ayuda y soporte necesarios para alcanzarlos.

A José Ángel Campos, que desde su labor como guía se ganó toda mi admiración y afecto.

A Julieta, por su apoyo y consejos. Por haberme incitado a escribir una nueva historia.

A todos, con el más sincero cariño y gratitud.



Dedicada al viejo Coecillo, a sus historias, a sus atareados habitantes. A la vana fascinación que me despierta, que quizás siga dando motivos para emprender nuevas aventuras.

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	I
Objetivos	V
Justificación	VI
Hipótesis	VII
<b>CAPÍTULO I: MARCO TEÓRICO METODOLÓGICO</b>	24
1.1 Definición del tema	25
1.1.1 Definiciones del diccionario	26
1.1.2 Definición Enciclopédica	26
1.1.3 Definición de autores	27
1.1.4 Definición personal	27
1.2 Definición del problema	28
1.3 Sustentación teórica	29
1.3.1 Antecedentes teóricos	29
1.3.2 Interpretación de los antecedentes	30
1.3.3 Sustentación teórica personal	31
1.4 Metodología	32
<b>CAPÍTULO II. LA IDENTIDAD</b>	34
2.1 La identidad barrial	36
2.2 Representación que tienen de sí mismos los actores sociales	39
2.3 Identificación de rasgos distintivos	40
2.4 Calificación valorativa	42
2.5 Continuidad de límites	42
2.6 Necesidad de darse a conocer y hacerse visible	43
2.7 Aprendida y reaprendida	44
2.8 Recuerdos ligados a lugares	45
<b>CAPÍTULO III. MARCO HISTÓRICO DEL CASO DE ESTUDIO</b>	48
3.1 El Pueblo del Coecillo	50

3.2 Siglo XIX	54
3.3 El periodo entre inundaciones (1888-1926)	60
3.4. La incorporación a la mancha urbana	65
3.5 El Coecillo hoy	68
3.6 Proyectos en marcha	72
3.6.1 Rutas del peatón	72
3.6.2 Proyecto Zona Piel	73
<b>CAPÍTULO IV. LOS ESPACIOS DE LA IDENTIDAD</b>	74
4.1 Espacios simbólicos	78
4.1.1 Los templos y plazas de San Francisco y San Juan	79
4.1.2 Franciscanos	86
4.1.3 Otros espacios eclesiásticos en el Coecillo	88
4.1.4 El malecón y el puente del Coecillo	90
4.1.5 Las periferias del Barrio	91
4.2 Las transformaciones del Coecillo en la segunda mitad del siglo XX	92
4.2.1 El Bulevar Adolfo López Mateos	93
4.2.2 La central de autobuses	96
4.3 La creación de nuevas tipologías	97
4.3.1 Los ejes comerciales oriente-poniente	100
4.3.2 Circulación de mercancías	104
4.3.3 De donde proviene esta tipología	108
4.3.4 Transición. De la vivienda a los espacios para la producción y el comercio	109
<b>CAPÍTULO V. CONCLUSIONES</b>	114
5.1 La identidad se construye y reconstruye	117
5.1.1 Procesos de revitalización	119
5.2 La identidad como estrategia política. Modificaciones.	123
5.3 La identidad es una manifestación contemporánea	124
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	126
<b>ANEXOS</b>	



## **INTRODUCCIÓN**

Objetivos	V
Justificación	VI
Hipótesis	VII

Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua, percepción es la sensación interior que resulta de una impresión material hecha en nuestros sentidos. Esta definición nos permite entrever que la percepción pertenece al universo ideal. La percepción es por lo tanto la interpretación por parte del hombre del medio que lo rodea. La arquitectura es la dimensión existencial-funcional en que vive el hombre, y por tanto está siempre sujeta a la interpretación a través de la percepción.

Si admitimos que, por encima de cualquier otra consideración, los habitantes son el objeto de la arquitectura, considero que ésta puede definirse como la conformación de un medio habitable. Según Alberto Saldarriaga (1981:57), habitabilidad «*es un conjunto de condiciones, físicas y no físicas, que permiten la permanencia humana en un lugar, su supervivencia y, en una u otra medida, la gratificación de la existencia*».

En su ensayo “*Construir, habitar, pensar*”, Martin Heidegger propone una relación directa entre el pensar y el habitar desde la perspectiva del ser. «*Construir y pensar son siempre, cada uno a su manera, ineludibles para el habitar*» (1951), nos dice. Esto quiere decir que habitar no significa sólo estar, sino que va más allá, significa crear e interactuar.

De ambas afirmaciones podemos deducir que habitar implica el desarrollo de eventos, pero siempre ligados al lugar que los hace posibles, ya sea por sus cualidades espaciales o históricas. Esto implica un diálogo entre el individuo y el lugar, donde el espacio vivido se impregna en la memoria, conformando imaginarios que son la construcción simbólica de los espacios. La percepción es por tanto fundamental en el proceso de habitar.

Por otro lado, el concepto de identidad implica el de unidad, y éste a su vez comprende dos aspectos: la indivisibilidad intrínseca (el concepto de ser) y la distinción de todo otro (la experiencia de una diversidad). Mientras en los últimos años se pone cada vez más en duda el concepto

de multiculturalidad, en pos de la adopción de un modelo universal de comportamiento social, económico y cultural, en nuestras sociedades actuales notamos la reivindicación –en ocasiones violenta– de las culturas locales, a través de la segregación étnica, cultural y económica.

En el mundo actual coexisten diversas realidades de universos simbólicos, que muchas veces se superponen. Esto hace importante entender el papel que juega la arquitectura en el proceso mediante el cual el sujeto crea esos universos simbólicos.

El caso de estudio se ha escogido por la evidente interacción entre esas dos ideas, sin haber caído aún en los clichés que llevan a la degradación de la identidad al convertirlo en un punto turístico, enfatizando un concepto tergiversado de identidad. Las identidades colectivas son algo muy complejo, más aún si las estudiamos en un país abiertamente multicultural como lo es México.

El barrio del Coecillo en León, Guanajuato, es un ejemplo claro de ello. La propia fundación de la ciudad, en 1576, es el resultado de un proceso de colonización hispano-indígena de un territorio que estaba habitado por tribus nómadas, pero al cual por motivos económicos era necesario pacificar. Así, mientras la Villa de León se funda como un asentamiento exclusivo para españoles, los que hoy conocemos como barrios se crean para permitir convivir a las diferentes comunidades que junto a ellos se movilizaron desde sus lugares de origen para asentarse en un territorio que les parecía salvaje. Así, el Coecillo nace como un pueblo de indios, donde se instalaron todos los grupos indígenas que se movilizaron a la par de los españoles, de una forma que era bastante común en aquella época. Estos grupos ya representaban un crisol de culturas (encontramos entre los primeros pobladores del barrio otomíes, purépechas, nahuas y chichimecas).

Queda pues clara la noción de que la ciudad de León y particularmente el barrio del Coecillo son un ejemplo –entre muchos otros– de un proceso de mestizaje muy complejo, y del cual nos quedan huellas en la cultura y en el entorno físico que aún se preserva.

Las nuevas formas de urbanización han distorsionado la percepción de los ciudadanos. Como lo afirma Marc Augé, *«parte de la problemática de nuestra época viene dada porque, a causa de la colonización, la globalización, el éxodo rural, las guerras, las hambrunas y la inmigración, una gran*

*cantidad de individuos ha sido desposeída de su saber tradicional» (2007:49).*

Mientras la ciudad cambia, y las nuevas tecnologías en telecomunicaciones hacen al mundo más pequeño, la nueva realidad de nuestras metrópolis es la exclusión. Al mismo tiempo existen enclaves en la mayoría de las ciudades mexicanas que han permanecido inalterados por siglos –aunque su número disminuye–, adaptando su forma de vida a las realidades a las que se han venido enfrentando.

## **OBJETIVOS**

**OBJETIVO GENERAL.** Analizar el Barrio del Coecillo mediante el estudio de la percepción de sus habitantes para entender la conformación de su identidad y cómo influye en su arquitectura.

**OBJETIVOS PARTICULARES.** Interpretar el efecto de la percepción espacial y urbana en la identidad barrial, a través de la consulta directa con los habitantes de dichos espacios, para entender cómo la arquitectura se relaciona con la identidad y en qué medida la afecta.

Definir cómo la identidad se refleja en la arquitectura, al estudiar los edificios más significativos, y así descubrir como la identidad hace única a la arquitectura.

## JUSTIFICACIÓN

La arquitectura moderna se constituyó como modificadora tanto de la historia como de las tradiciones. Ya Robert Venturi abogaba por el regreso a los elementos referenciales que el movimiento moderno había decidido abandonar en pos de un nuevo lenguaje. Así, Venturi nos dice *«trato de guiarme no por la costumbre sino por una toma de conciencia del pasado racionalmente considerado como presente»* (2003:20), y también *«siempre existe una auténtica necesidad de re-examinar las obras del pasado»* (2003:21).

Entender la identidad es educar a la mirada para analizar el presente, darle herramientas, volverla menos ingenua o menos crédula. Volverla libre. Escapar en la medida de lo posible a las barreras de la época en la que se vive. Si los individuos no llegan a comprender de dónde vienen, dónde viven ni quiénes son, están expuestos a toda clase de peligros, a la invasión de las imágenes, a la corrupción de los mensajes, a todos los modos de alineación.

El estudio de uno de los más antiguos barrios de León permite agregar una pieza más para la comprensión de esta ciudad, una ciudad que apenas vive el despertar del interés en sí misma, en el supuesto de que esta comprensión le permitirá un desarrollo ulterior basado en su propia identidad.

El desarrollo de esta forma de interacción entre arquitectura e identidad, concretamente en este barrio, nos permitirá ponerlo en movimiento y generar, con base en procesos reflexivos, nuevas interrogantes, aquellas que están en el vértice de las tensiones del presente y las dinámicas que nos empujan a futuros posibles.

## HIPÓTESIS

La percepción no es un acto mecánico, sino que está condicionada por factores culturales y psíquicos. A su vez, la identidad deriva de la sustancia física, de lo histórico, del contexto y de lo real.

La percepción de la arquitectura, de la morfología de la ciudad, determina la vida cotidiana, por lo que se vuelve pieza central en la conformación de la identidad local.

Esta tesis estudiará qué tipo de relación han establecido los sujetos con los espacios, y de qué forma los dotan de sentido, convirtiéndolos en generadores de identidad local.



# CAPÍTULO I

## Marco teórico metodológico

1.1 Definición del tema	25
1.1.2 Definiciones del diccionario	26
1.1.3 Definición Enciclopédica	26
1.1.4 Definición de autores	27
1.1.5 Definición personal	27
1.2 Definición del problema	28
1.3 Sustentación teórica	29
1.3.1 Antecedentes teóricos	29
1.3.2 Interpretación de los antecedentes	30
1.3.3 Sustentación teórica personal	31
1.4 Metodología	32

## 1.1. DEFINICIÓN DEL TEMA

Este trabajo es un análisis de la forma en que los sujetos dotan de sentido al espacio, convirtiéndolo en generador de identidad local. En la sociedad actual, mientras la globalización busca prevalecer como un movimiento homogeneizador cultural, no podemos pasar por alto sus contradicciones. Somos perfectamente conscientes de que la apariencia que se pretende dar a la universalización y la globalización esconde numerosas desigualdades, dice Marc Augé (2007:18). Así, mientras el movimiento globalizador niega las identidades locales, éstas reaccionan, pues al amenazarlas, su necesidad de afirmar el propio ser se agudiza.

El concepto de identidad tiene diferentes significados y se utiliza en una variedad de contextos que necesitan ser distinguidos para evitar confusiones y clarificar el sentido en que se van a utilizar.

La construcción del lugar se da desde el fluir de la vida, lo cual implica el desarrollo de eventos, pero siempre ligados al lugar que los hace posibles, ya sea por sus cualidades espaciales o históricas. Esto implica un diálogo entre el individuo y el lugar, donde el espacio vivido se impregna en la memoria, conformando imaginarios que son la construcción simbólica de los espacios. La percepción es por tanto fundamental en el proceso de habitar.

Si la construcción de los espacios se da desde el proceso del habitar, y éste está íntimamente ligado al concepto de identidad, entonces parece extraño que existan reivindicaciones del patrimonio arquitectónico desde el punto de vista de la identidad. Aunque el patrimonio es de todos, pues se construye desde la colectividad, muchas veces el proceso cotidiano del habitar no deja muy en claro su relación con la identidad. Es por eso que esta investigación tiene por objeto esclarecer esa relación y volverla de todos.

Los grandes pensadores mexicanos siempre han tratado de reivindicar el concepto de identidad nacional, desde Vasconcelos en La raza cósmica hasta Octavio Paz con El laberinto de la soledad o Carlos Fuentes en Tiempo mexicano. Este último considera que *«la historia de México es una segunda búsqueda de la identidad»* (Bartra, 2007:257). La identidad en México es más una voluntad que una condición dada, siempre amenazada por las influencias del exterior. Estas influencias no serían amenazas si fueran sólo eso, pero en nuestro país se transforman en la copia acrítica de todo lo que pueda parecer novedoso.

La progresiva urbanización del mundo ha producido un fenómeno que se repite en los países más diversos: la formación de grandes metrópolis, ciudades que han superado las dimensiones propiamente urbanas, para conformar un tipo de asentamiento nuevo en la historia. Éstas, a las que Rem Koolhaas se refiere como ciudades genéricas son las ciudades *«liberadas de la cautividad del centro, del corsé de la identidad. [...] Al igual que un estudio de Hollywood, puede producir una identidad nueva cada lunes por la mañana»* (2007:12).

En contraparte, en la ciudad genérica aún existen sectores que se resisten a esa auto indeterminación, que reivindican la identidad perdida (aparentemente), particularmente en América Latina y en México, que es un país de fuertes tradiciones pero que reniega constantemente de ellas.

**1.1.2. DEFINICIONES DEL DICCIONARIO.** Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua, percepción es la sensación interior que resulta de una impresión material hecha en nuestros sentidos. A su vez, la Identidad se define como el conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás.

**1.1.3. DEFINICIÓN DE ENCICLOPEDIA.** La percepción es el primer proceso cognoscitivo, a través del cual los sujetos captan información del entorno, la razón de esta información es que usa la que está implícita en las energías que llegan a los sistemas sensoriales y que permiten al individuo animal (incluyendo al hombre) formar una representación de la realidad de su entorno.

La Identidad cultural es el conjunto de valores, tradiciones, símbolos, creencias y modos de comportamiento que funcionan como elemento cohesionador dentro de un grupo social y que actúan como sustrato para que los individuos que lo forman puedan fundamentar su sentimiento de pertenencia.

1.1.4. DEFINICIÓN DE AUTORES. Para Marina Waisman el concepto de identidad implica el de unidad, y éste a su vez comprende dos aspectos: la indivisibilidad intrínseca (esto es, el concepto de ser), y la distinción de todo otro (esto es, la experiencia de la diversidad). La identidad sólo adquiere sentido si está en presencia de una multiplicidad que le es ajena (1995:53).

Patricia Pensado nos dice que *«por identidad local se comprende la identidad que el sujeto aprehende de la percepción comunitaria de su espacio, en donde el lugar se mantiene al paso del tiempo como vínculo que permite el desarrollo de formas particulares de sociabilidad, actividades comunitarias, la creación y la recreación de una memoria colectiva»* (2004:17). Este trabajo se enfoca en el concepto de identidad barrial, derivado directamente de esta última idea, que se expondrá a detalle en el siguiente capítulo.

1.1.5. DEFINICIÓN PERSONAL. La identidad es el reconocimiento de la propia existencia, tratándose de una cultura implica también el reconocimiento de lo ajeno; es la diferenciación entre lo propio y lo extraño lo que genera la identidad.

En relación con la arquitectura este concepto se vuelve más amplio, pues existe la dualidad de la experiencia espacial tanto personal como social. Se ha reiterado que el habitar implica la sucesión de eventos; estos dotan de sentido al espacio en la medida en que el sujeto deja plasmado en él parte de su esencia. Habita la ciudad, a la vez que la ciudad lo habita. Esto dota a los espacios de una parte de su identidad, pues la vocación del espacio permite que una larga sucesión de singularidades den forma a la memoria colectiva. Así, un espacio donde concurren muchos individuos a realizar actividades similares, aunque vividas e interpretadas de forma personal, adquiere una fuerte identidad.

Por otro lado, también existen las experiencias colectivas, desencadenadas por un evento de fuerte trascendencia, donde si bien persiste una

interpretación personal, la magnitud de dicho evento es la que permanece en la memoria colectiva.

Lo que permite la creación de los imaginarios urbanos es el conjunto de todas las interpretaciones perceptuales, sumadas al influjo de la memoria colectiva (que tiene la cualidad de prevalecer a través de las generaciones) y del conjunto de tradiciones que vienen desde el tiempo como memoria histórica que se proyecta, y a la vez como una modernidad plural que con su fuerza mediática es una fuerte influencia. Los imaginarios urbanos son construcciones en el «*lugar común*» a partir del pensamiento que viene de la sociedad, no tanto como producción de los grupos sociales que la encarnan, sino del «*espíritu de la ciudad*» que los genera.

Así pues, Marc Augé enfatiza esta superposición de capas históricas: la ciudad es una figura espacial del tiempo en la que se aúnan presente, pasado y futuro (2007:78).

La identidad local se conforma de una serie de elementos muy diversos, que aun teniendo todos estos parámetros que permiten estudiarla, también tiene la característica de depender de pequeñas singularidades que pueden alterarla a nivel individual, por lo que es necesario tomar en cuenta en el método de investigación este margen de error.

## 1.2. DEFINICIÓN DEL PROBLEMA

Un error corriente en la exploración de la identidad reside en tratar de buscar ésta casi exclusivamente en la historia, en el pasado, de lo que se desprendería la idea de que la identidad de un pueblo o una comunidad está definitivamente fijada por el desarrollo de su historia.

La identidad se legitima definitivamente situándola dentro del contexto de un universo simbólico, afirma Peter Berger. El realissimum de la identidad no necesita para legitimarse que el individuo lo conozca en todo momento; para los propósitos de la legitimación, basta que sea cognoscible (2003:128).

Según Marina Waisman una identidad se construye a partir del reconocimiento del propio ser y del ser diverso. Y cuando este diverso es hostil u opresor, la necesidad de afirmar el propio ser se agudiza (1995:56).

Las mismas fuerzas que oprimen a estas comunidades son las que, a la postre, les han facilitado la comprensión de su propia condición.

### 1.3. SUSTENTACIÓN TEÓRICA

1.3.1. ANTECEDENTES DE TEÓRICOS. Aldo Rossi afirma que las ciudades *«crecen según la dirección y con el significado de hechos más antiguos que los actuales»* (2004:99). Rossi considera una carga fenomenológica que afecta la percepción de la arquitectura, y llega al concepto del locus, que entiende como *«aquella relación singular y sin embargo universal que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en aquel lugar»* (2003:185).

En la misma línea, Christian Norberg-Schulz utiliza el término en latín *genius loci*, para definir desde un enfoque fenomenológico la interacción entre el lugar y la identidad. El término se refiere, por lo tanto, al conjunto de características socio-culturales, arquitectónicas, el idioma, la costumbre, que caracterizan un lugar, un ambiente.

Estos conceptos podrían contraponerse al de no lugar, acuñado por Marc Augé, que define como *«un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad, ni como relacional, ni como histórico»* (1992:83).

Puede notarse que la percepción es un tema que ocupa mucho a los arquitectos, pues de ella emana la aceptación, el éxito o el fracaso que puede tener un espacio arquitectónico, y es fundamental en el proceso de apropiación de éste.

Para Patricia Pensado Leglise, las ciudades, las regiones y pueblos son espacios no sólo físicos, sino también imaginarios. Es decir, los sujetos realizan una construcción simbólica de él, mediante imágenes en las cuales se reconocen aunque estén lejos de corresponder a la realidad presente, y en función de las cuales se empeñan en seguir orientando su comportamiento (2004:29).

Por otro lado, Marc Augé evoca fuertemente la idea de frontera, pues como se ha reiterado, sin el reconocimiento de la otredad es imposible la creación de una identidad. *«El concepto de frontera constituye el centro de la actividad simbólica que se ha utilizado desde la aparición del lenguaje, para dar un significado al universo y un sentido al mundo, a fin de que sea posible vivir en ellos»* (2007:17).

Una frontera no es una barrera, sino un paso, ya que señala la presencia del otro y al mismo tiempo la posibilidad de reunirse con él. Por lo tanto, dicha frontera es permeable, pues debe permitir el reconocimiento de lo ajeno.

En este sentido, la frontera transnacional –como se entiende por ejemplo entre México y Estados Unidos– responde más bien al concepto de barrera, pues niega la irrupción de lo ajeno. Sólo se convertiría en frontera cuando el tránsito en ambos sentidos es posible.

En cuanto a la ciudad-recuerdo Augé la define como:

...la que recordamos o que despierta la memoria, sufre las más distintivas variaciones y resulta esencial, como sabemos por experiencia, en la relación afectiva que los ciudadanos mantienen con el lugar en el que viven. Sin embargo, la ciudad-recuerdo también responde a unas características históricas y políticas: por un lado, cuenta con centros históricos y monumentos; por el otro, con los itinerarios de la memoria individual y el vagar por las calles: esta mezcla hace de la ciudad un arquetipo de lugar en el que se mezclan los puntos de referencia colectivos y las marcas individuales, la historia y la memoria (2007:78).

1.3.2 . INTERPRETACIÓN DE LOS ANTECEDENTES ANTERIORES. Mediante el proceso de la memoria el sujeto elabora los recuerdos que provocan que se remonte a lo que él considera importante para relatar o para visualizar lo propio del lugar y significativo para su historia, y por otro lado, las interacciones que guarda tal historia con la generación a la que pertenece y con la historia de vida colectiva.

La identidad de los grupos humanos se va construyendo al tiempo que se va calificando el propio entorno, tanto por las transformaciones históricas que él experimenta como por la mirada que determina su imagen en nosotros. Esa mirada es a su vez cambiante, porque nuestra propia identidad se va construyendo día a día.

La definición del espacio mediante fronteras define el espacio de pertenencia de los sujetos y da pie a la identidad. La frontera marca la separación entre dos grupos humanos que si bien podrían contradecir-

se culturalmente, no pueden negarse entre sí, pues en la existencia del otro está la base de la propia identidad particular.

Los grandes teóricos de la arquitectura siempre se han preocupado por la interacción del usuario con el espacio, y han descubierto esa clase de entornos que, ya sea por las cargas históricas o fenomenológicas, tienen un impacto más importante en la creación de los imaginarios urbanos. En contraparte existen espacios que no tienen ningún peso específico, intrascendentes.

Esta propuesta acepta esa cualidad propia y única de cierta arquitectura, y busca indagar bajo los parámetros del caso de estudio cómo llegan a tomar ese sentido.

1.3.3. SUSTENTACIÓN TEÓRICA PERSONAL. El concepto de globalización se encierra en la idea de fin del mundo y de parálisis del tiempo; sin embargo, no vivimos en un mundo concluido, el mundo está en construcción perpetua. Este cambio tiene como base la historia, el precedente. Se trata de un proceso, que no puede dar un paso más sin otro precedente. En materia de ciudad y de urbanismo, la espera y el recuerdo conciernen a la colectividad, al individuo y a las relaciones que los unen.

La construcción de la identidad se da con base en esta interacción entre el presente y la memoria, conjugados con el contacto con la diversidad cultural. Según Saldarriaga vivimos en un mundo de Sociedades Heterogéneas, que interactúan y se superponen unas con otras. La identidad no es un hecho estático, cambia a la par de las sociedades.

Sin embargo, la arquitectura pareciera concebida para existir para siempre. Al menos, persistirá por más tiempo que los individuos, por eso es tan interesante entender cómo la misma arquitectura que conforma la ciudad, sobre todo aquélla con un supuesto valor histórico, es capaz de adaptarse a los cambios bruscos de la sociedad, a las nuevas ideologías, ser escenario de los nuevos eventos, sin perder la memoria de los pasados, y seguir conformando y sustentando esa identidad local que, al ir de la mano del hecho de habitar, es parte intrínseca de nuestra interacción con el mundo.

## 1.4. METODOLOGÍA

La identidad es un tema bastante amplio, que implica tanto elementos físicos como psíquicos. Se debe tanto a la materia tangible como a la intangible. Aunque explicar de dónde procede sigue siendo tema de muchas investigaciones, esta investigación tratará de encontrar los elementos identitarios desde la interacción misma con el sujeto. Para ello se utilizará el método de la historia oral como sistema de análisis.

A lo largo del siglo XX se ha descubierto la riqueza de las culturas llamadas «*orales*» o «*sin escritura*». Como lo explica Patricia Pensado, la intención explícita de la historia oral es «*darle voz*» a los propios agentes históricos, incorporándolos como creadores de la propia historia escrita de sus experiencias y acciones históricas diversas. La historia oral, como reflexión en torno al transcurrir de la existencia humana desde el presente, percibe la complejidad de la experiencia particular del individuo frente a su acontecer histórico (2004:11).

Por otra parte, es necesario hacer la siguiente consideración: «*la historia oral no es ni más verdadera ni más auténtica que la oficial, debido a que se funda en la memoria que como sabemos es una facultad que olvida y que es de todos modos selectiva, tiene sus errores, sus lugares comunes y sus mistificantes prejuicios*» (2004:11).

Por tanto, antes de introducir este método de investigación, será necesario crear un marco referencial, que permita tener la capacidad de escrutar la información y no caer en el error de considerar las particularidades que este método presenta como necesariamente verdaderas. Este marco referencial se constituye en base a una investigación histórica del área de estudio, que incluye tanto acontecimientos como evolución de la traza y el registro cronológico de la construcción de diversos inmuebles (de los que exista constancia).

Citando de nuevo a Patricia Pensado, se ha tratado de definir no sólo el proceso en que el sujeto considera su espacio debido a sus dimensiones físicas (delimitado bajo distintas categorías que parten desde la comunidad local hasta la nación), sino también por la construcción simbólica de él (2004:14).



## **CAPÍTULO II**

### **La identidad**

2.1 La identidad barrial	36
2.2 Representación que tienen de sí mismos los actores sociales	39
2.3 Identificación de rasgos distintivos	40
2.4 Calificación valorativa	42
2.5 Continuidad de límites	42
2.6 Necesidad de darse a conocer y hacerse visible	43
2.7 Aprendida y reaprendida	44
2.8 Recuerdos ligados a lugares	45

El problema de la identidad aparece recientemente con mucho énfasis en la literatura especializada, a menudo se escucha sobre crisis de identidad. Parece que de algún modo esta época crea las condiciones necesarias para que las identidades, sean sociales, personales, nacionales, sexuales, religiosas, etc., estén en amenaza constante. O tal vez, debemos preguntarnos si dicha crisis no es más bien un efecto aparente producido desde la perspectiva del observador, antes que una realidad percibida por los sujetos observados; en otras palabras, si no refleja más bien la dificultad subjetiva del observador externo para detectar las estructuras latentes en la sociedad.

Como dice la investigadora italiana Loredana Sciola, *«parece ser que el concepto de identidad es apto para recoger toda una serie de problemas, de estrategias y de lógicas que caracterizan la acción de los sujetos en las sociedades complejas»* (1983:9). Basta con pensar en la aparición dentro de la escena política y social, en los últimos quince años, de sujetos, grupos y movimientos que reivindican al derecho propio a *«ser»*, más que a *«hacer»* o a *«tener»*.

Pero hay más: el concepto de identidad también se ha revelado útil para la comprensión y explicación de los conflictos sociales, bajo la hipótesis de que *«en el fondo de todo conflicto se esconde siempre un conflicto de identidad»* (Giménez, 2009:49).

Comenzaré por esclarecer los aspectos que me ayudarán a entender el caso de estudio, ya que uno de los obstáculos que dificulta el estudio de este tema es, desde el inicio, el uso indiscriminado, abusivo y frívolo del término en cuestión en la literatura antropológica corriente de nuestro país. Esto lo comprenden incluso quienes han teorizado sobre el tema, pues *«la noción de identidad remite a un nudo de problemas bastante complejos y se encuentra, por así decirlo, en el punto de intersección de casi todas las ciencias humanas y sociales. La supuesta capacidad evocativa del*

*término y el hecho de remitir a connotaciones autoevidentes de significado aparentemente tornan innecesarias ulteriores especificaciones y profundizaciones»* (Sciolla, 1983:1).

La identidad es el lado subjetivo de la cultura. Cuando hablamos de identidad estamos hablando de la representación, reconocida y compartida, que tienen de sí mismo los actores sociales, y no de cualquier inventario de «*rasgos distintivos*» constituido desde el punto de vista del observador externo (Giménez, 2009:11).

El concepto de identidad tiene dos vertientes, la de la identidad individual, o identidad personal, y las identidades colectivas o sociales. Así, Loredana Sciolla afirma que «*la definición del concepto de identidad no puede prescindir de una teoría de la personalidad entendida como la organización psíquica del individuo tomada en su conjunto*» (1983:4).

Sin embargo, otros autores creen que la identidad –por algo se habla de identidad de actores sociales, individuales y colectivos–, puede ser distinta del sistema de la personalidad, y en cuanto tal puede ser considerada autónomamente.

## 2.1. LA IDENTIDAD BARRIAL

En este trabajo desarrollo un aspecto de la identidad al cual denomino identidad barrial. Es una derivación o quizás una precisión de lo que Patricia Pensado Leglise denomina identidad local o lo que Patricia Safa Barraza llama identidad vecinal. Parto de ambos conceptos, que de tan similares se superponen, y los aplico a un espacio tan específico como es un barrio histórico.

Un barrio es una subdivisión con identidad propia de una ciudad, que por ciertas características sobre todo históricas genera en sus habitantes un sentido común de pertenencia al espacio urbano. El propio término barrio es una nomenclatura territorial heredada del pasado. En la ciudad colonial, los barrios eran los espacios en las periferias donde habitaba la población indígena. Se distinguían del núcleo central de la ciudad, donde los españoles edificaron sus casas y se encontraban los centros políticos, religiosos y económicos (Safa Barraza, 1998:53).

La identidad barrial es una experiencia de interacción social con el entorno urbano. Es la identidad que el sujeto aprende de la percepción

comunitaria del espacio barrial.

Esta interacción no es sólo física, no sólo depende del tipo de actividades que se desarrollan en el espacio, sino que también es subjetiva, creada y recreada en el imaginario colectivo. Para los habitantes es el vínculo que establecen entre los espacios y la memoria a lo largo de su trayectoria de vida (Pensado, 2004:27)

La identidad barrial se construye a partir de las experiencias del grupo que comparte una historia común, *«aunque se objetive en edificios, calles, parques y en instituciones públicas y privadas que regulan la vida local»* (Safa Barraza, 1998:49).

El espacio proyecta en el individuo imágenes mentales que reúnen todo esto: las interacciones que se dan entre los individuos en los procesos sociales, individuales y psicológicos. La relación que el sujeto mantiene con el espacio es inventada por medio de la representación de los espacios en el imaginario colectivo, lo que significa que *«la historia común es recreada mediante la memoria colectiva»* (Pensado, 2004:17).

Safa Barraza hace hincapié en el hecho de que las identidades vecinales son los instrumentos por los cuales los individuos pueden reconocerse y distinguirse como parte de un grupo diferente a otros. De esta manera, la identidad barrial es el *«cúmulo de representaciones compartidas que funcionan como matriz de significados que permiten definir y valorar lo que somos frente a los otros»* (1998:56). Permiten a las personas reconocerse y ser reconocidos por otros (proceso de identificación), pero además, reconocer a los otros (proceso de diferenciación).

La identidad se convierte en el punto de unidad de significación, que legitima a un grupo dado, al otorgarle una unidad a sus representaciones sociales. Funge como aglutinante para diferenciar a los individuos frente a los otros, que no se reconocen como pertenecientes a un sistema de vida, cultura, ni a una memoria histórica (Pensado, 2004:27).

La identidad barrial se vuelve un proceso de diferenciación, que tiene como referencia a un territorio bien definido. Mediante procesos de contraste y representación, los individuos se reconocen como miembros de la colectividad y pueden generar una práctica de pertenencia a un lugar. Safa Barraza condensa esta idea, mencionando que los lugares de la identidad no deben ser entendidos sólo en su relación con la ubicación del nacimiento de un individuo, sino como los lugares donde elige vivir.

*Los sujetos construyen la identidad barrial reconociendo los espacios que marcan su trayectoria de vida. Fotografía de Tomás Castelazo.*



La ciudad es la expresión territorial de determinados procesos socioculturales y partícipe activo en la vida diaria de sus habitantes (Safa Barraza, 1998:47). Un entorno urbano puede ser entendido como un espacio que genera determinado estilo de vida, pero a su vez, sus habitantes, como constructores cotidianos de ese espacio, desde sus acciones diarias convierten a la arquitectura en la expresión tangible de diversos procesos socioculturales.

Los sujetos construyen la identidad barrial reconociendo los lugares en los que habitan, los espacios que marcan su trayectoria de vida (Pensado, 2004:27). Estos lugares permanecen a través del tiempo, y marcan la trayectoria de vida de muchas generaciones. Son los espacios donde han nacido, vivido, trabajado y estudiado. El espacio *«se mantiene al paso del tiempo como vínculo que permite el desarrollo de formas particulares de sociabilidad»* (Pensado, 2004:17).

El barrio se convierte en el resultado de un proceso histórico dinámico, social y simbólico, a través del cual los grupos y los individuos

que los conforman construyen el sentido de pertenencia a un lugar. El barrio se vuelve un asunto simbólico, «*es un asunto de significados, de representaciones y prácticas donde se construye 'el adentro' y 'el afuera'*» (Safa Barraza, 1998:48). Los habitantes se vinculan al barrio gracias a procesos simbólicos, pero también afectivos que permiten la construcción de lazos y sentimientos de pertenencia con ese lugar (las personas reconocen un lugar, en la medida en que puedan elaborar significados).

En las sociedades actuales, ésas a las que François Ascher llama las sociedades hipertextuales, las personas participan de múltiples mundos sociales a la vez. Tan diversa como esos mundos sociales, en los que los habitantes de estas sociedades participan, es la forma en que ellos construyen identidad y pertenencia a un territorio.

Pertenecer significa mucho más que solamente haber nacido en un lugar. «*Significa formar parte de lo que constituye la comunidad, ser recipiente de la distintividad y conscientemente preservar la cultura, ser un depositario de valores y tradiciones, y un actor de sus habilidades, un experto en el lenguaje e idiosincrasia*» (Safa Barraza, 1998:54).

## 2.2. REPRESENTACIÓN QUE TIENEN DE SÍ MISMOS LOS ACTORES SOCIALES

La identidad es un sistema de relaciones y de representaciones a las que el actor se refiere y respecto al cual se produce su reconocimiento (Sciolla, 1983:13).

El individuo asume el rol de los demás individuos y por lo mismo «*se torna capaz de constituirse en objeto para sí mismo a través del uso del lenguaje, mediante símbolos significativos*» (Sciolla, 1983:18). El individuo interactúa con los demás por medio de la comunicación de dichos símbolos significativos.

Esto implica un elemento interpretativo: el individuo debe estar en condiciones de interpretar el significado del propio gesto, debe evocar en sí mismo el significado que tal gesto asume para quien lo interpreta. Es así como los individuos se asumen como partícipes de una sociedad, y al participar desarrollan un sentido de pertenencia a ella.

El espacio es fruto y objeto al mismo tiempo de una connotación personal (es decir biográfica), emocional y simbólica (es decir, histórica

y social-cultural) (Pensado, 2004:27). El sujeto construye su tiempo en distintos espacios que irá reconociendo de acuerdo con las interacciones que establezca con ellos; de allí el dinamismo de los espacios, situación diferente al sentido de territorialización, demarcación que el sujeto desea que permanezca fija, a pesar de que existen muchos niveles de ella, como la resistencia o la sobrevivencia.

La pertenencia social implica la inclusión de la personalidad individual en una colectividad hacia la cual se experimenta un sentimiento de lealtad. *«Esta inclusión se realiza generalmente mediante la asunción de algún rol dentro de la colectividad considerada, pero sobre todo mediante la apropiación e interiorización al menos parcial del complejo simbólico-cultural que funge como emblema de la colectividad en cuestión»* (Giménez, 2009:31).

A través de las pertenencias sociales los individuos interiorizan e individualizan las representaciones sociales propias de los grupos a los que pertenecen.

Pertenecer a un grupo o a una comunidad implica compartir, al menos parcialmente, el núcleo de representaciones sociales que los caracteriza y define. *«Las representaciones sociales definen la identidad y la especificidad de los grupos»* (Giménez, 2009:33). Es decir, existe una relación dialéctica entre las representaciones sociales y la identidad barrial, pues mientras emanan de ella, a su vez la retroalimentan y la transforman.

Las representaciones sociales cumplen también la función de situar a los individuos y a los grupos en el campo social, permitiendo de este modo la elaboración de una identidad social y personal gratificante, es decir, compatible con sistemas de normas y de valores social e históricamente determinados (Giménez, 2009:34).

### 2.3. IDENTIFICACIÓN DE RASGOS DISTINTIVOS

Se ha enfatizado una y otra vez que la identidad no constituye una especie de esencia o atributo específico del sujeto, sino un *«sistema móvil de relaciones múltiples centradas en el sujeto en una determinada situación social»* (Giménez, 2009:11). Esto se infiere de lo dicho en el punto anterior.

Pueden variar los «*símbolos de contraste*» de un grupo sin que se altere su identidad. A. Melucci define la identidad como «*la capacidad de un actor social de reconocer los efectos de su acción como propios y, por lo tanto, de atribuírselos*».

Toda identidad pretende apoyarse en una serie de atributos, marcas o rasgos distintivos que permiten afirmar la diferencia y acentuar los contrastes. Los más decisivos son aquellos que se vinculan de algún modo con la problemática de los orígenes.

Pueden desempeñar también un papel importante otros rasgos distintivos estables, como el lenguaje, el sociolecto, la religión, el estilo de vida, los modelos de comportamiento, la división de trabajo entre sexos, una lucha o reivindicación común, etcétera, sin excluir rasgos aparentemente más superficiales, como los señalados por Max Weber a propósito de los grupos étnicos: el vestido, el modo de alimentarse y hasta el arreglo de la barba y del peinado (Giménez, 2009:55).

Los espacios donde el sujeto nace y se desarrolla determinan una serie de pertenencias distintas, que pueden ir desde el núcleo familiar hasta el laboral, o a la nación, comunidad imaginaria que impregna en el sujeto de sensaciones ilusorias o no, las cuales contribuyen a formar en él la idea de compartir un destino común con otros seres (Pensado, 2004:28).



*La identidad se presenta como fuente de valores y se halla ligada a sentimientos de amor propio, de honor y dignidad. Fotografía de Pili García.*

## 2.4. CALIFICACIÓN VALORATIVA

La mayor parte de los autores destacan otro elemento característico de la identidad: el juicio de valor (positivo o negativo) que se atribuye invariablemente a la misma.

La identidad implica despegarse de la experiencia inmediata y la distinción con respecto al organismo físico; implica la capacidad compleja del ser humano de auto-observación y de auto-reflexión que se desarrolla a través de la utilización de sistemas de símbolos significativos.

El espacio también se cosifica y se convierte en objeto, en algo que puede ser aprehensible. Es decir, el espacio físico delimitado va a ser asociado por el sujeto con la experiencia social (Pensado: 2004, 28).

La calificación valorativa de los rasgos que presuntamente definen las identidades locales constituye un aspecto importante de la lucha simbólica que le es intrínseca. *«Las identidades siempre son objeto de valoración positiva o negativa (estigmas), según el estado de la correlación de fuerzas simbólica. En principio y desde el punto de vista interno, la identidad se presenta como fuente de valores y se halla ligada a sentimientos de amor propio, de honor y de dignidad»* (Giménez, 2009:55).

## 2.5. CONTINUIDAD DE LÍMITES

Al momento de construir una identidad local, es fundamental la definición de límites y la función locativa de la identidad de un grupo. La identidad barrial tiene un carácter territorial en sentido de límites materiales, además de los simbólicos.

Los grupos sociales tienen la capacidad de *«establecer una diferencia con respecto a los demás, de definir los propios límites, de situarse dentro de un campo y de mantener en el tiempo el sentido de tal diferencia y delimitación, es decir, de tener una ‘duración’ temporal»* (Sciolla, 1983:13).

La identidad se reconoce primariamente por la continuidad de sus límites, es decir, *«por sus diferencias, y no tanto por el contenido cultural que en un momento determinado marca simbólicamente dichos límites o diferencias»* (Giménez, 2009:41). Quiere decir que las características culturales de un grupo pueden cambiar o transformarse a través del tiempo sin que se altere o anule su identidad.

Los sujetos reconocen que cada uno crea su cadena histórica, debido a que la memoria sólo retiene algunos de los espacios por los cuales la existencia ha transitado. (Pensado: 2004,28). Reside aquí el sentido social del espacio: el uso y la negociación que se le da. Los espacios concretan y visualizan un lazo entre la memoria familiar y la historicidad social. La construcción de distintas fases de esta memoria permite a los individuos reconocerse en ella, y por ende en los espacios que recuerda.

Aunque hay que considerar que el espacio nunca es el mismo, sino que asume la forma y la temporalidad dependiendo del narrador, es decir, del sujeto y su propia experiencia; llega a desempeñarse como artífice de la ilusión de inmortalidad, de la posibilidad de reconquistar el tiempo. El espacio como tiempo recobrado (Pensado, 2004:29).

Se da la posibilidad de concebir la identidad barrial como el resultado de procesos complejos, es decir, como «*constituida por una delimitación de fronteras y construcción autónoma de símbolos que sin embargo interactúan con las expectativas y las proyecciones de cada uno de los individuos*» (Sciolla, 1983:12), con las cuales también puede contrastar, en una especie de equilibrio inestable cuyo resultado puede ser ya sea la modificación de la identidad de los individuos (y en el caso extremo su salida del grupo), ya sea la modificación de la misma identidad del grupo (y en el caso extremo la disolución de de la identidad colectiva).

## 2.6. NECESIDAD DE DARSE A CONOCER Y HACERSE VISIBLE

La identidad de los grupos sociales tiene una apremiante necesidad de reconocimiento exterior para que pueda existir socialmente.

Poseer una determinada identidad local implica conocerse y reconocerse como un tal y simultáneamente darse a conocer y hacerse reconocer como tal (por ejemplo mediante estrategias de manifestación). Por eso la identidad no es solamente «*efecto*» sino también «*objeto*» de representaciones (Giménez, 2009:54). Las identidades sociales se configuran siempre dentro de un contexto de luchas por el reconocimiento social.

Los agentes sociales que ocupan las posiciones dominantes pugnan por imponer una definición dominante de la identidad social, que se representa como la sola identidad legítima o, mejor, como la forma legítima de clasificación social. Los agentes que ocupan posiciones do-

minadas tienen dos posibilidades: o bien la aceptación de la definición dominante de su identidad, que frecuentemente va unida a la búsqueda afanosa de la asimilación a la identidad *«legítima»*, o la subversión de la relación de fuerzas simbólicas para invertir la escala de valores (Giménez, 2009:57).

La identidad no es una propiedad intrínseca del sujeto, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional. Esto significa que *«es el resultado de un proceso social en el sentido de que surge y se desarrolla en la interacción cotidiana con los otros. El individuo se reconoce a sí mismo sólo reconociéndose en el otro»* (Sciolla, 1983:21). Quizá sea éste el sentido de la célebre frase del poeta francés Arthur Rimbaud cuando dice: el Yo es otro.

## 2.7. APRENDIDA Y REAPRENDIDA

La identidad barrial necesita ser aprendida y reaprendida permanentemente. Además, necesita darse a conocer y hacerse visible públicamente para *«mostrar»* la realidad de su existencia frente a los que se niegan a *«verla»* o a reconocerla. Ambas necesidades explican por qué la identidad social aparece frecuentemente ligada a estrategias de celebración y de manifestación.

Como ya señala Durkheim, toda celebración constituye un momento de condensación y de auto percepción efervescente de la comunidad, y representa simbólicamente los acontecimientos fundadores que, al proyectarse utópicamente hacia el futuro, se convierten en *«destino»*. De aquí la relevancia pedagógica de los ritos de conmemoración, tan importantes, por ejemplo, para la conformación de la identidad étnica y nacional (Giménez, 2009:59).

La identidad social debe situarse en un determinado contexto espacial – temporal. Sin embargo también conviene resaltar la relación dialéctica existente entre identidad personal e identidad colectiva. *«La formación de las identidades colectivas no implica en absoluto que éstas se hallen vinculadas a la existencia de un grupo organizado»* (Giménez, 2009:39).

Otra característica fundamental de la identidad –sea personal o colectiva– es su capacidad de perdurar, aunque sea imaginariamente, en el tiempo y en el espacio. La identidad implica la percepción de ser idéntico a sí mismo a través del tiempo, del espacio y de la diversidad

de las situaciones (Giménez, 2009:40). A estos procesos de recreación imaginaria de los espacios, se les conoce como imaginarios urbanos.

El imaginario sirve para recrear en la memoria el espacio vivido que se circunscribe a una temporalidad fijada por el sujeto. Para los sujetos, las ciudades, regiones y pueblos son espacios no sólo físicos, sino también imaginados (Pensado, 2004:29). Ellos realizan una construcción simbólica de él, mediante imágenes en las cuales se reconocen aunque estén lejos de corresponder a la realidad presente, y en función de las cuales se empeñan en seguir orientando su comportamiento.

Mediante el proceso de la memoria el sujeto elabora, por un lado, los recuerdos que provocan que se remonte a lo que él considera importante para relatar o para visualizar lo propio del lugar y significativo para su historia, y por otro, las interacciones que guarda tal historia con la generación a la que pertenece y con la historia de vida colectiva (Pensado: 2004, 30).

Más que de permanencia, habría que hablar de continuidad en el cambio, en el sentido de que la identidad a la que nos referimos es la que corresponde a un proceso evolutivo, y no a una constancia substancial. Es decir, la identidad barrial es dinámica, al contrario de los viejos conceptos de las identidades sociales estáticas.

## 2.8. RECUERDOS LIGADOS A LUGARES

La memoria puede definirse brevemente como la ideación del pasado, en contraposición de la conciencia –ideación del presente– y a la imaginación prospectiva o utópica –ideación del futuro. *«El término ‘ideación’ pretende subrayar el papel activo de la memoria en el sentido de que no se limita a registrar, a rememorar o a reproducir mecánicamente el pasado, sino que realiza un verdadero trabajo sobre el pasado, un trabajo de selección, de reconstrucción y, a veces, de transfiguración o de idealización»* (Giménez, 2009:63).

La memoria no es sólo «representación», sino también «construcción»; no es sólo «memoria constituida», sino también «memoria constituyente». *«Según Maurice Halbwachs, la memoria colectiva es la que «tiene por soporte un grupo circunscrito en el espacio y en el tiempo»* (Giménez, 2009:65). Los

espacios concretan y visualizan un lazo entre la memoria familiar y la historicidad social.

Todo grupo es siempre y simultáneamente un grupo «*territorializado*» e inmerso en una temporalidad propia, «*figurando cada una de 'las piedras de la ciudad' como una especie de célula nerviosa que ofrece a las conciencias individuales sus recuerdos*» (Giménez, 2009:69).

La memoria colectiva se encuentra no solo en los textos, sino también en las formas de organización (informales, asociativas, sindicales y políticas) en las que ha ido tomando cuerpo. Las formas de organización social que han surgido a partir de una praxis precedente son memorias del trabajador colectivo.

La noción de identidad forma parte de una teoría de las representaciones sociales y de su eficacia específica en el proceso de construcción simbólica del mundo social:

Las representaciones sociales pueden definirse como un conjunto impreciso de nociones, imágenes y representaciones que sirven para la percepción de sí mismo y de la realidad, y funcionan como guía o principio de la acción. [...] Son entidades operativas que determinan, entre otras cosas, el sistema de preferencias, las opciones prácticas y las tomas de posición de los agentes sociales. (Giménez, 2009:202)

La construcción de distintas fases de esta memoria permite a los individuos reconocerse en ella y por ende en los espacios que recuerda. Aunque hay que considerar que el espacio nunca es el mismo, sino que asume la forma y temporalidad dependiendo del narrador, es decir, del sujeto y de su propia experiencia (Pensado, 2004:29).



## **CAPÍTULO III**

### **Marco histórico del caso de estudio**

3.1 El Pueblo del Coecillo	50
3.2 Siglo XIX	54
3.3 El periodo entre inundaciones (1888-1926)	60
3.4. La incorporación a la mancha urbana	65
3.5 El Coecillo hoy	68
3.6 Proyectos en marcha	72
3.6.1 Rutas del peatón	72
3.6.2 Proyecto Zona Piel	73

En este capítulo se presentará primero una breve historia del Coecillo, con el propósito de caracterizar un barrio que comparte los problemas comunes de la ciudad, pero que posee un Centro Histórico con una identidad barrial que le permite distinguirse de otros lugares de la ciudad. Además de consultar información estadística y bibliográfica, utilizaré algunas crónicas de viajeros e historiadores, no para buscar en el pasado hechos, personajes o fechas que demuestren la veracidad de este discurso, sino por el contrario, porque permiten entender la manera en que se crea y recrea la identidad.



*Muerte del bachiller Alonso Espino (tradicionalmente reconocido como fundador del Barrio) por los chichimecas. Fresco en la Parroquia de la plaza principal de León.*

### 3.1. EL PUEBLO DEL COECILLO

La historia del barrio del Coecillo, si bien forma parte de manera inalienable de la historia de la ciudad de León en su conjunto, está marcada por una relativa independencia, que se ha traducido con el paso del tiempo en su particular *«forma de ser»*.

La ciudad de León fue producto de una época de creación. El siglo XVI, parte del Siglo de Oro español, fue un periodo de gran desarrollo tanto en el Virreinato de la Nueva España como en la metrópoli. Las exploraciones en busca de yacimientos minerales fomentaron la exploración y colonización del actual territorio mexicano, creándose los reales de minas de Guanajuato y Zacatecas en 1546 y posteriormente el de San Luis Potosí en 1592, todos ellos fundados en territorio chichimeca. Debido esencialmente a la invasión de sus territorios, estalla la Gran Guerra Chichimeca, una de las más cruentas y costosas entre españoles e indígenas.

Para estas fechas, Querétaro, la zona de los otomíes, era la frontera con las extensas llanuras chichimecas. Para comunicar esta frontera con Zacatecas (a 320 km de distancia) se tendió lo que se conoció como Camino Real de la Tierra Adentro o de la Plata; pero el camino estaba despoblado, lo que facilitaba los ataques chichimecas. Las actuales ciudades del Bajío mexicano fueron surgiendo a lo largo de ese camino con el propósito inicial de proteger la ruta y asegurar el paso de los convoyes.

Así surgen las ciudades de Irapuato en 1547, Celaya en 1570, Aguascalientes 1575, Salamanca en 1603, entre otras. En ese mismo contexto nace la ciudad de León en 1576, por disposición del cuarto virrey de la Nueva España, Martín Enríquez de Almansa. Ésta debería ser una ciudad o villa (según el número de moradores que se comprometiesen a habitarla) de españoles, por lo cual no se consideraron como primeros vecinos a indígenas, mulatos ni negros (Navarro Valtierra, 2008:19).

No tenemos la certeza exacta de la fecha de fundación del Coecillo, aunque se sabe que ya existía en 1580. Su origen se debe a la estructuración de la vida económica y social de la villa. En cuanto al topónimo, tampoco se sabe con exactitud su significado. Según el historiador Wigberto Jiménez Moreno, la palabra Coecillo viene de Cuecillo o Cuisillo,

un híbrido del purépecha y diminutivo castellano: *cu* significa adoratorio en la antigua lengua indígena (1933:15). Sin embargo no hay referencia conocida de la existencia de ningún templo prehispánico en la zona.

El pueblo del Coecillo nace por la necesidad de los nuevos pobladores españoles de contar con mano de obra para realizar las primeras edificaciones que requería la naciente villa, como la casa del Ayuntamiento, la primera iglesia, cárcel, mesón y las viviendas de los primeros vecinos. La solicitud de indios de otras localidades, necesarios para servir a los fundadores, se justificó por no haberlos en las tierras de la villa recién fundada. Así, por orden del Virrey de la Nueva España, se dispuso el 13 de febrero de 1576 que se trajeran cien indios de Acámbaro, para edificar los inmuebles del cabildo. Una vez concluidos los edificios públicos, debió de utilizarse también a los naturales que se quedaron como peones en construcciones de particulares, o también al servicio de los mismos en otras necesidades (Navarro Valtierra, 2008:19).

Existen discrepancias respecto al personaje fundador del Barrio. Si bien es cierto que la población indígena requería de tierras para habitarlas y trabajarlas, no se atendieron estas demandas inmediatamente, sino que tuvieron que pasar algunos años.

Atendiendo a las peticiones de los naturales de contar con su propio terreno para trabajar sin depender de los fundadores, el corregidor Domingo de Mendiola fundó el pueblo que llamaron del Cuicillo. Cuatro años después, el Alcalde Mayor Cristóbal Sánchez Carbajal acató la decisión del cabildo de otorgarles a los pobladores tres caballerías de tierra al pie del Cerro del Gigante (al norte del pueblo), donde sembraron maíz, calabaza, chile, jitomate y otras semillas y fueron exentos de pagar tributo al Rey por ayudar a la pacificación de los indios chichimecas (Navarro Valtierra, 2008:22).

Destaca de esta época un largo litigio ampliamente documentado por la posesión de las tierras, que habían sido invadidas por españoles, que duró desde 1625 hasta 1640.

La traza misma del pueblo, en clásica cuadrícula tipo damero –irregular y más notoria en la parte antigua del barrio– denota la intervención de los conquistadores en su fundación. Como fuera, a partir del siguiente siglo la vitalidad del pueblo indígena quedaría de manifiesto

en distintos alegatos judiciales y en la elección documentada de sus propios gobernantes.

Como señala Mariano González Leal, en los años setenta del siglo XVII, la República de Naturales del Coecillo tenía ya una organización administrativa perfectamente determinada y regulada por los propios naturales, que a través de su procurador litigaban los intereses de la comunidad (González Leal, 1990:29).

Hay que recalcar que, mientras el pueblo del Coecillo fue el asiento de los naturales, su hogar para vivir, dormir y sembrar en las huertas hortalizas y frutas, además de mantener aves de corral y ganado de engorda, éstas eran diferentes a las tierras de siembra y cultivo, situadas al pie del Cerro del Gigante; eran dos superficies otorgadas con muy diferente motivo. Es importante hacerlo notar, pues las tres caballerías al norte del pueblo fueron destinadas sólo para trabajarlas.

Los Franciscanos construyeron la primera iglesia del Coecillo y llevaron a ella, en 1670, la imagen de la Virgen de la Inmaculada Concepción, que todavía se venera como Patrona en el templo parroquial de *'Purísima del Coecillo'*. Fue transformada en copia de la inmaculada de San Juan de los Lagos, provocando que la parroquia sea conocida

*El actual templo parroquial del Coecillo se ubica donde estuvo la primera capilla del Barrio. El culto a la Virgen de la Inmaculada Concepción originó las primeras formas de organización barrial.*



también como parroquia de San Juan (Navarro Valtierra, 2004:20).

Lo cierto es que la orden de los Franciscanos tenía entre sus encomiendas justamente adoctrinar a los indios del Coecillo. Los primeros religiosos de esta orden llegaron a León en 1589. De hecho, José de Jesús Ojeda Sánchez afirma que, en una primera instancia, los humildes frailes Franciscanos se establecieron en este pueblo, antes de mudarse definitivamente a la parroquia de la Villa de León (El Sagrario) (Alegre Vega, 2005:12).

El mismo nombre del antiguo pueblo de indios no dejaba lugar a dudas de la mano religiosa que le guiaba: Pueblo de la Purísima Concepción de San Francisco de Asís.

Se sabe que para el culto a la llamada Virgen de San Juan del Coecillo existía una cofradía consagrada a su veneración desde el último cuarto del siglo XVII. El profesor Ojeda Sánchez infiere que para esa imagen debió construirse una primera capilla, aunque la actual parroquia comenzó a construirse en el siglo XVII. El mismo autor relata que posteriormente se techó formalmente; en uno de los arcos primitivos se lee que tales obras concluyeron el 23 de junio de 1716 (Alegre Vega, 2005:15).

En el capítulo VII de *Theatro Americano*, descripción general de los reinos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones, de José Antonio Villaseñor y Sánchez (1748), concerniente a la Villa de León, destaca que en las inmediaciones de ella se encontraban los pueblos de indios de San Francisco del Coecillo y el de San Miguel, donde *«en los dos hablan el idioma tarasco, aunque raras veces, por ser los más prácticos en el idioma castellano, regúlanse por Barrios de esta Villa por sus cercanías, en las que se hallan avocindadas quinientas, veinte, y una familias de españoles, cuatrocientas, setenta y una de mestizos, y ciento, noventa y seis de mulatos»*. (1148:43). Mientras tanto, se hace mención de que en el pueblo del Coecillo vivían *«ochenta y tres familias, y todos se entretienen en sus siembras de maíz y cultivo de muchos frutales, sirviendo igualmente de operarios en las haciendas de esta provincia»* (1748:45).

En este mismo texto se destaca la vocación agrícola y ganadera no sólo de la villa, sino de todo el Bajío, destacando que *«las utilidades de su trato y comercio las logra en las cosechas de maíz y trigo, y en la cría de ganado mayor, que abunda en las varias Haciendas de la comarca, que no sólo abastecen diferentes Reales de Minas, sino que en cuantiosas partidas lo*

*conducen para su expendio a las Ciudades de México, y Puebla» (1748:44).*

En 1781, de acuerdo con la información remitida al virreinato por el Administrador de Alcabalas, Juan Antonio de Alegre, la población del Coecillo era de 2 472 habitantes. Para 1824, de acuerdo a datos sobre la estadística de León y su Partido, el número de habitantes del Coecillo era de 2 691 (Navarro Valtierra, 2008:72).

La importancia del barrio se pone de manifiesto si se comparan las cifras anteriores con las del censo de 1781, treinta y tres años después. Para entonces, la Villa de León reunía 5 507 habitantes, entre españoles y gente de todas las castas. El Coecillo contaba con 2 472 habitantes (Alegre Vega, 2005:23).

La protección brindada por las Leyes de Indias, al prohibir el avenciamiento de españoles, mestizos y castas en los pueblos de indios, dio al Coecillo una relativa autonomía, que permitió a los naturales conservar cierta calidad de vida aceptable ante el avasallamiento hispano y reconstruir, al menos en parte, el antiguo medio de vida, tradiciones, costumbres, lenguas, cohesión interna e identidad de grupo. Así, tanto a San Francisco del Coecillo como al otro pueblo de naturales de la incipiente villa, el de San Miguel de la Real Corona, además de denominarles pueblo de indios, se les llamaba República.

Los indígenas del Coecillo y de San Miguel fundaron Pueblos, porque los naturales tenían derecho a vivir de manera comunitaria o congregada. No así las castas, pues en la Villa de León los mulatos se vieron precisados a establecer su barrio.

Los cuecillenses y sanmiguelenses unidos, tenían en común su autoridad o gobierno indio: gobernador, alcalde, regidor, fiscal, alguacil mayor (Navarro Valtierra, 1996:4).

### 3.2. SIGLO XIX

El pueblo de San Francisco del Coecillo, que desde su fundación tuvo un gobierno propio, vio llegar a su fin esta forma de gobierno con la independencia del país. Como parte de las transformaciones que se dieron, desaparecieron como institución política las Repúblicas de Naturales, es decir, los pueblos indígenas que se gobernaban de acuerdo a su propio sistema de leyes y de tradiciones. Así, al constituirse los ayuntamientos

como nueva norma de gobierno, el Coecillo se constituyó como tal en 1821, sin embargo para 1832 se convirtió en una sola unidad administrativa con el de León. Para 1832, los pueblos de San Miguel y del Coecillo ya dependían del Alcalde de León, y así poco a poco fueron considerados como otros de sus barrios (Navarro Valtierra, 2008:118).

Tres factores parecen definir al otrora pueblo, a lo largo del siglo XIX. El primero de ellos es que los coecillenses eran de sí gente laboriosa, ya fuera en el cultivo de sus tierras o en los nacientes talleres de rebocería, talabartería, calzado y herrería, que surgían en toda la ciudad y el propio barrio. Esto los dotaría de una economía propia.

Un segundo elemento sería el aspecto del vecindario. Varios testimonios de la época coinciden en señalarlo como un vergel citadino, embellecido por sus numerosas y apreciadas huertas y, aunque las casas eran sencillas y la gente humilde en su mayoría, había consenso en el espíritu alegre del barrio.

Por último está el factor del Río de los Gómez. Alimentado por las aguas venidas de los cerros del norte de la ciudad, este brazo de agua marcó históricamente los límites de la ciudad y el Coecillo.

En las primeras décadas del siglo XIX la Autoridad Municipal de León ya consideraba al Coecillo como uno de sus cuatro barrios, pero continuó su separación física de la ciudad hasta 1889, con la construcción del puente Barón y con la entrada del tranvía en 1896 (Navarro Valtierra, 2008:76). Justamente a la altura del puente que tradicionalmente unió al Coecillo con León, otro pequeño arroyo, llamado del Muerto, se une al de los Gómez. Los desbordamientos de ambos han sido fatales en la historia del barrio, al grado de casi desaparecerlo como ocurrió en 1888.

El puente del Coecillo es sin duda la primera obra civil de importancia para el hoy barrio. De aquella antigua versión –hay que recordar que lo destruirían más tarde las inundaciones– hay referencias al menos desde el siglo XVIII, pues como tal aparece dibujado en un antiguo plano anónimo (se trata del Mapa y Plan Horizontal que manifiesta la Villa de León con sus barrios, pueblos, calles y cuadras, el cual se conserva en la Universidad de Texas). De su relevancia da constancia el hecho de que se pensara en él cuando se formó un escudo de armas para la Villa en 1822.

A este puente se sumaría en 1831 el que cruzaba el Arroyo del Muerto, ya del lado del Coecillo. Su costo, según registran los documentos de la época, fue de 1 834 pesos (Alegre Vega, 2005:32). Con ellos quedaría definida esa entrada al barrio como la conocemos, con su bajada que bifurca en los cruces de las calles de La Luz y Héroes de la Independencia.

La ciudad de León fue erigida como diócesis el 21 de febrero de 1864 por el Papa Pío IX. La primera parroquia fue la del Coecillo. Así lo decretó el nuevo jerarca católico el 22 de marzo de 1864, y dos semanas más tarde se formalizó la creación de la Parroquia de Purísima del Coecillo y San Francisco de Asís, cuya sede concreta sería el viejo templo de San Juan (Alegre Vega, 2005:34).

Ambos templos aparecen señalados en el plano de la ciudad dibujado por el Coronel Luis Flores Carballar en 1865. Los dos aparecen con una sola torre; tiempo después, el de San Francisco completaría el par. En el mismo documento se indica que el panteón del barrio se localizaba en las inmediaciones de esta última iglesia. Era el camposanto de San Cayetano, que fue cerrado en 1894.

De esta época, se tienen algunas de las primeras descripciones debidamente documentadas del barrio, como la de Toribio Esquivel Obregón:

...con sus casitas pequeñas, cada una con su huerto de limas y naranjas y duraznos y hortalizas y flores variadísimas, desde el nardo y la amapola que rompen la marcha en la primavera y perfuman y prestan sus colores brillantes a los altares del Viernes de Dolores y a los monumentos del Jueves Santo, hasta los claveles y clavelinas que abren sus perfumados turbantes a los rayos abrasadores del mes de junio, y la rosa reina y la rosa de Jericó y la de Castilla, que nunca dejan de alegrar los tiestos en todas las estaciones del año y de aparecer bajo la sombra de los chirimoyos, y de los aguacates. (Esquivel Obregón, 1992:55).

O la de Antonio J. Cabrera:

Después de la calzada sigue un puente sobre el río, cuyo cauce, fuera del tiempo de lluvias, lleva muy poca agua. En este puente da principio el pueblo de San Juan del Cuisillo, que

es el barrio más ameno de León por su abundancia de agua, huertas de verduras y frutales, y sembrados de alfalfa. Allí se cultivan las dulces y frescas lechugas, los almibarados y aromáticos melones y las encendidas y provocativas zandias (sic), apetitos y orgullo de los que pasean en la calzada, que las consumen en gran cantidad; pues la costumbre –tirana de nuestras acciones– hace que señoras y caballeros recreen allí su paladar con frutos tan frescos y agradables, y la naturaleza ayudada por el clima, los profunde profusamente. (Cabrera, 1985:56)



*En el Coecillo aún existen casas semejantes en cuanto a disposición y sistemas constructivos a las que se narran en las crónicas antiguas.*

El camino hacia el oriente llevaba a una zona de huertas, entre las que se veía alguna que otra vivienda. Las casas se agrupaban delimitando con organillos el perímetro de su patio, alrededor de las plazas, frente a los templos de San Juan y San Francisco, cercanos el uno del otro (Labarthe y Zermeño, 2004:45).

El primero, la Parroquia de La Purísima se San Juan del Coecillo, fue desde 1679 sede de la Cofradía de Nuestra Señora de San Juan, por la imagen recién llegada entonces desde San Juan de los Lagos. La cúpula

central tiene grabado el año de cierre, 1716. Cada nuevo altar y sus correspondientes advocaciones atraían fieles e intensificaban el movimiento de personas y vendimias en el exterior.

El templo de san Francisco sugiere, por su nombre, la acción evangelizadora de los frailes menores que tuvieron su convento en el centro de la Villa de León. La construcción actual data del siglo XIX y algunos detalles, como el altar mayor, de principios del siglo XX.

En esta zona se levantaron otros recintos de culto, de modesta arquitectura. Algunos fueron sustituidos por construcciones mayores, como el de la Candelaria, el de la Cruz de Cantera, Las Crucitas y la capilla de San Pedrito, que conserva su frescura y discreción.

En las postrimerías del siglo XIX se verían llegar nuevos progresos y cambios. El más significativo de ellos, sin duda, el tranvía.

León ya contaba en esos años con un funcional mercado público, plaza de gallos y de toros, un palacio municipal moderno, telégrafo, incipiente energía eléctrica, fabricas y fundiciones, escuelas de todos los niveles, un paseo y un parque publico, hoteles, cantinas, surtidas elegantes casas de comercio, periódicos, imprentas, un teatro como pocos y una nueva catedral (para una mejor comprensión de este contexto, habría que decir que ni Guadalajara, Veracruz, Mérida o Puebla, reunían todos esos elementos urbanísticos en los años citados, por eso es peculiar el momento).

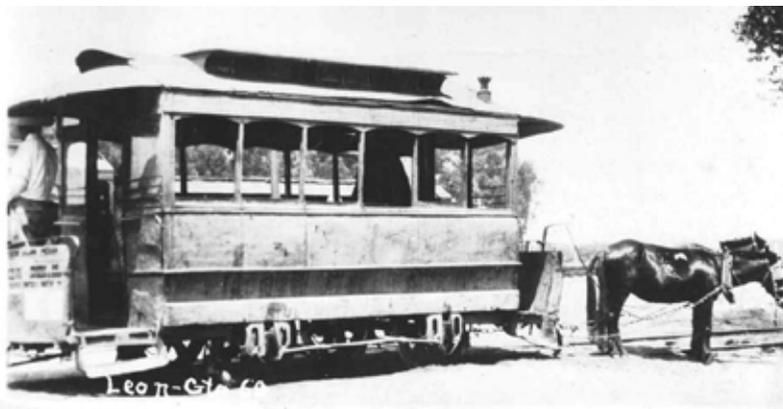
En 1882, la ciudad queda conectada a la Ciudad de México por ferrocarril y en 1884 con Ciudad Guares (Labarthe Rios, 1997:178). Así, la ciudad comienza a recibir los beneficios de la modernidad. A principios del siglo XX, Federico Pöls escribe en sus Memorias:

El tranvía *'toma vuelo'* al galope de su tronco de mulas, azotadas despiadadamente por el cochero, y sube con trabajo el puente del río, para detenerse un momento sobre el Arroyo del Muerto. Inicia la bajada a la calle de San Francisco, pareciendo que al tomar la curva va a estrellarse contra la botica de Don Lauro Jiménez.

En fuerza de carrera pasamos por los *'Altos de Vilches'*, casa del Charro Mexicano, que ostenta la sentencia de Juárez en su fachada: *'El respeto al derecho ajeno es la paz'*.

Por fin, el tranvía llega a su destino, el jardín de San Francis-

co. [...] En uno de los extremos (del mismo jardín), terminal de tranvías, se encontraba la fábrica de sodas de Don Fidencia Candelas, que elaboraba aquellos refrescos de limón, envasados en frascos de tapa de canica, que por cuartilla comprábamos y con tanto gusto tomábamos. (Alegre Vega, 2005:67)



*Los primeros tranvías de la ciudad fueron de tracción animal. Conectaban al Coecillo con el Centro.*

Para 1896 ya existía la ruta de tranvía Centro-Coecillo, con tracción de mulas. La parroquia también mejoró: en el último lustro del siglo XIX estrenó altar y frontispicio de cantera, así como las capillas laterales del Sagrado Corazón y la Purísima Concepción.

El jardín de San Francisco se trazó en 1897. Enfrente tenía la comisaría. Y al final del barrio, al Este, entre huertas de lechugas, vacas y muros de adobe, abrió la fábrica de cerveza de Jacobo Killian. Los franciscanos supieron organizar el sentido religioso popular impulsando actividades que se han convertido en características de este barrio (Labarthe Ríos, 1997:154-5).

Para 1903 el templo de San Francisco había estrenado altar mayor, pero al ser entregado en 1912 a los frailes franciscanos, el lugar adquirió su imagen actual. Concluyeron el atrio y la fachada con el nuevo frontis. Terminaron también las torres, colocaron un reloj, levantaron la casa anexa y decoraron el recinto. Además, le dieron un sello propio tanto a la iglesia como a la vida religiosa de la comunidad.

Vale la pena destacar que para entonces, además de San Francisco

y la Parroquia de la Purísima o de San Juan, existían el templo de San Pedrito y La Candelaria, además del templo de la Santa Cruz, inconcluso hasta la fecha.

Antes de que concluyera la primera mitad del siglo XX, también funcionaban las fábricas de hielo de los Killian (la cerveza ya era recuerdo), la de sodas llamada La Fuente y la embotelladora de Refrescos del Centro. Pero, sobre todo, el barrio se fue poblando de zapateros, de talleres familiares –las famosas picas– que primero maquilaban a los grandes y luego, aprendiendo el oficio, se transformaban en pequeñas factorías de sello propio y sus obreros más destacados, hacían lo propio, y así sucesivamente.

### 3.3. EL PERIODO ENTRE INUNDACIONES (1888-1926)

Las dos grandes inundaciones acontecidas a finales del siglo XIX y principios del XX en la ciudad de León marcaron el transcurso de la historia de la ciudad y de manera especial, la del barrio. La destrucción que causaron ambas inundaciones casi causó la desaparición del barrio, que si bien se recuperó, vio trastocada su imagen. Además, la emigración y el consecuente repoblamiento del espacio urbano transformaron la composición demográfica y las relaciones sociales existentes hasta entonces.

Este periodo además incluye la etapa más cruenta del periodo revolucionario, por lo que las transformaciones sufridas en la ciudad, sobre todo en el ámbito de la reconfiguración económica, son evidentes. Para el barrio, marcó el inicio del declive de su vocación agrícola, y de las industrias del rebozo y de los herrajes (todo esto enmarcado en las transformaciones de la sociedad, a nivel nacional) en pos de la naciente industria que cambiara el rostro a la ciudad: la curtiduría y la industria del calzado.

Durante junio de 1888, iniciada la temporada anual de lluvias, la ciudad veía cómo se acrecentaba, como cada año, el lecho de los ríos, que apenas si se mantenían húmedos en la época de sequía. Fue la noche del día 18 de ese mes que, a consecuencia de una tromba al norte de la ciudad, ocurrió la tragedia: el río se desbordó por varios puntos del Coecillo, al que casi hizo desaparecer (Labarthe Rios, 1997:31).

El Coecillo quedó reducido a la mitad, según testimonios de entonces. Previo a la inundación González Leal reproduce el relato del abogado Francisco de A. Llerena:

Ese barrio era uno de los puntos más bellos y pintorescos de León, dotado de una vegetación abundante y vigorosa; constituía el paseo más hermoso y favorecido de la población. Sus muchas huertas bien cultivadas atraían a los paseantes y daban a todo el barrio cierto aspecto agradable y apacible. Las casas de que constaba eran en su mayor parte de adobe, alcanzando el respetable número de dos mil o un poco más. (González Leal, 1990:200)

El barrio fue el primer punto invadido por el agua que se desbordaba del Río de los Gómez. De acuerdo al licenciado Llerena, la inmensa mayoría de los que vivían en este barrio eran artesanos:

Estos infelices, agobiados por el trabajo, fueron las primeras víctimas, los primeros en sentir toda la potencia destructora del elemento acuoso. Sus casas débiles no oponían resistencia alguna al vigoroso empuje de la corriente que se cebaba ciega en aquella mansión de desgraciados, que parecían incapaces de todo esfuerzo, víctimas de su pobreza.

Los pocos que podían huir lo hacían aterrorizados hasta hallar lugar que les prestara seguridad. Ya se subían a las azoteas de sus casas, ya a los árboles, pero el agua derrumbaba aquellas y sacudía y aún destrizaba éstos.

No había salvación posible: cuántos nadando eran estrellados por la fuerza del agua contra las paredes, pereciendo cuando trataban de salvarse. En el Coecillo el agua alcanzó la altura de dos metros y una fuerza tal, que en las calles arrastraba burros, vacas, etc. Los derrumbes se sucedían sin interrupción: los que no morían aplastados por las ruinas, se ahogaban y eran arrastrados por la corriente.

No puede imaginarse destrucción más completa, más espantosa que la del Barrio del Coecillo, atacado por la impetuosa corriente que hacía vacilar y caer las casas, sin auxilio, pues era imposible dictar ni tomar providencia alguna en esos

instantes supremos en que toda la ciudad se sentía amenazada de muerte, de una destrucción profundamente aterrizadora; y no tardó mucho, pues a las dos de la mañana, en plena ciudad, comenzaron a caer –debido a la fuerza de la corriente así como a la lluvia que no había cesado un instante–, muchas casas... (González Leal, 1990:201)

La mitad de las calles quedaron inundadas y manzanas quedaron reducidas a nada. Se recuperaron doscientos cuarenta y dos cadáveres y hubo mil cuatrocientos desaparecidos, cinco mil familias quedaron en la miseria. Un total de dos mil trescientas sesenta y dos casas se vinieron abajo (Lira, 1914:25).



*La inundación de 1888 casi destruyó por completo el barrio.*

A petición del Obispo de León, Tomás Barón y Morales, el arquitecto Luis Long rindió el 16 de julio un informe sobre las causas de la inundación y a la vez, propuso construir un dique y reconstruir el puente.

Luis Long presentó el proyecto del Obispo el 31 de diciembre y los trabajos dieron principio el 7 de enero de 1889 con la apertura de la zanja de desagüe. El 11 de febrero, una cuadrilla de 50 hombres, vecinos del Coecillo, formaron el bordo del terraplén de la margen izquierda del río. El antiguo puente fue derribado el 20 de febrero con barrenos de dinamita y se colocó uno provisional, hecho de madera (Navarro Valtierra, 2008:93).

El Puente llamado Barón y Morales sobre el Río de los Gómez, que continuaba el camino hacia el pueblo del Coecillo, fue construido por encargo del obispo Tomás Barón y Morales a Luis Long, con donativos enviados por veracruzanos para la reconstrucción de la ciudad después de la inundación (Labarthe y Zermeño, 2004:45). El nuevo puente quedó al servicio público el 30 de julio, inaugurándolo el Obispo Barón y Morales. Posteriormente se terminaron las pirámides de los pasamanos que le daban un aspecto novedoso (Navarro Valtierra, 2008:94).

La dirección de la obra, que estuvo a cargo del licenciado Marcelino Rocha, se inició el 22 de abril de 1889, con una ceremonia por la colocación de las claves de los tres arcos que lo sostendrían, mismos que se descimbraron el 4 de mayo; cada uno medía 10.92 metros de ancho por 1.12 metros de altura (Labarthe Rios, 1997:111).

En 1911 sobrevino otra inundación que lastimó al barrio, casi de la mano de la Revolución. Este conflicto vino a acelerar los procesos de modificación de la sociedad local y de sistemas productivos.

La llegada del ferrocarril a la ciudad había estimulado el desarrollo de la industria, porque constituyó una vía para la inmigración, fue puerta de acceso a nuevas materias primas, y además permitió acceder a nuevos mercados, antes inaccesibles, como los del norte del país.

La llegada de nuevos habitantes propició el repoblamiento del barrio, modificando la población que se había mermado con la inundación de 1888. La mano de obra se colocaba en talleres y factorías que diversificaban la industria, pero sobre todo significó la apertura de numerosos talleres artesanales de carácter doméstico (Labarthe Rios, 1997:26). Sin embargo la población volvió a disminuir a causa de la guerra, y después

volvería verse afectada por la inundación de 1926.

En general, la actividad económica en todos los barrios se iba definiendo: en el Coecillo había herreros, reboceros y zapateros. Según Labarthe Rios, a pesar de estos cambios demográficos, *«se reforzaba el sentimiento de adhesión al barrio en que se habitaba y se manifestaba temor y agresión hacia quienes vivían en otra localidad, provocándose continuos pleitos, por lo cual mucha gente procuraba evitar el paso, sobre todo de noche, de un barrio a otro»* (1997:26).

Así, si bien la revolución dismanteló el sistema político y social predominante durante el Porfiriato, en lo local definió ciertas tendencias, principalmente en lo económico, que ya se venían gestando desde hace décadas (Labarthe Rios, 1997:26).

Treinta y ocho años después de la gran inundación de 1888, ocurrió otra de gran magnitud, el 23 de junio de 1926. Tan inesperada como la de 1888, tuvo características semejantes: la provocó otra tromba que derramó enormes cantidades de agua hacia el norte y noreste del León (Labarthe Rios, 1997:36). Los daños fueron muy parecidos a los de la inundación de 1888. Las crónicas de la época hablan de cuadras enteras destruidas. El único dato rescatable sería que hubo menos muertos que antaño, aunque –otra vez– muchos coecillenses tuvieron que empezar sus vidas de cero (Alegre Vega, 2005:77).

Mientras que en 1888, durante el Porfiriato, la reacción de las autoridades fue inmediata y la recuperación de la ciudad se dio con ayuda de muchos recursos de la federación e incluso del extranjero, en 1926 la inundación se dio durante una época difícil (en las postrimerías de la revolución y en un ambiente político más conflictivo), la ayuda fue escasa y la recuperación más lenta. *«En ambos casos el Ayuntamiento y la Iglesia fueron los canales para la organización de las actividades de salvamento, de atención a los damnificados, de recepción y distribución de los auxilios que se recibían del exterior»* (Labarthe Rios, 1997:36).

Este periodo, en el que el barrio estuvo a punto de desaparecer, marca la transición desde el pueblo idílico casi rural, que se transformará en el siglo XX en un entorno eminentemente urbano. Si bien perdió ciertas características que lo distinguían, terminaría transformándose, y convirtiéndose en parte fundamental, por la serie de factores que analizaré, de la nueva ciudad metropolitana que se convirtió en el principal motor

del desarrollo del estado de Guanajuato. Este periodo convulso, del cual pudo recuperarse, le permitió al barrio reinventarse, salir transformado y fortalecido, y reconfigurar, dándole un nuevo cauce a su identidad.

### 3.4. LA INCORPORACIÓN A LA MANCHA URBANA

Si bien la serie de pueblos que rodeaban la antigua Villa de León desde el periodo colonial, comienzan a integrarse morfológicamente a la ciudad a finales del siglo XIX, en el aspecto económico, siempre conformaron una unidad estructural desde el principio de su existencia. Cada uno de estos pueblos, barrios en adelante, tenían su centro, sus respectivas plazas y plazuelas, es decir, formaban centralidades menores que se organizaban en torno al centro del poder político y religioso que ostentaba el centro de la ciudad.

El Coecillo, que ya era considerado un barrio desde finales del siglo pasado, permaneció aislado del resto de la mancha urbana hasta la década de 1950. Anteriormente, la separación que significaba el Río de los Gómez había supuesto una barrera demasiado evidente para permitir la incorporación total del antiguo pueblo a la mancha urbana, lo que le permitió mantener una cierta autonomía respecto a la ciudad central, si bien se incorporaría al ciclo de producción de calzado que caracterizaba la vida económica de la ciudad en ese entonces.

El río era la frontera que separaba físicamente al Coecillo del resto de la ciudad. En este proceso la ocupación de León comenzó a cambiar, se mejoran los medios de transporte y comunicación entre el centro y los núcleos periféricos: los antiguos pueblos que se incorporaban como barrios.

Hoy en día, el Coecillo forma parte del centro de la ciudad, ubicado estratégicamente en el corazón de los tentáculos por los que avanza la modernidad.

En 1899 se empedraron 292 m<sup>2</sup> de la calle de San Francisco del Coecillo, mientras que en 1905 se embanquetó la plaza de San Francisco hasta unirla con la plaza de San Juan (Navarro Valtierra, 2008:78). El 29 de agosto de 1905 se estableció la fábrica de gaseosas llamada «*La Fuente*», propiedad de Fidencio Candelas.

En el periódico El Sol se establece que el oficio de la fabricación de frenos y espuelas venía a menos con la decadencia del uso del caballo.

León tenía la fama, lograda a través de una larga etapa de laboriosidad y dedicación, de que su producción de herrería es única por su variedad y calidad. Los artesanos del Coecillo, verdaderos artífices del hierro y del yunque, modelaban cuchillos, frenos, espuelas, etc. Es en las humildes fraguas del típico y laborioso barrio donde también se fabrican cuchillos y tenedores de plata y acero cromado, de la más exquisita presentación.



*El Bulevar López Mateos borró la frontera que suponía el Río de los Gómez.*

Esos herreros –principalmente los Vilches–, antes artesanos, con la Segunda Guerra Mundial terminaron convirtiéndose en industriales, pues la demanda de cuchillos para el corte de calzado, de herrajes y de armas blancas fue un verdadero «boom»: en la calle Herreros llegaron a funcionar once talleres, según Félix Vilches relató al periódico a.m. de León, entonces cabeza de las fabricas familiares (Alegre Vega, 1992).

Las calles del Coecillo ya se llamaban igual que hoy, excepto las de Nopal, Amapola y Aguacate, que recordaban aquellos tiempos de huertas por doquier. Aguacate cambió después su nombre por el de Fray Daniel Mireles. Las únicas calles que desaparecieron fueron las de Cu-

liacán y Nopal (ahora Hilario Medina) y la de Amapola y su extensión de Catarranas, transformadas desde los sesentas en el bulevar Adolfo López Mateos (Alegre Vega, 2005:91).

Si la creación del bulevar López Mateos (1963) representa la modernidad urbanística de León, para el Coecillo se trata de un hito histórico. Y es que una vez concluida la nueva vialidad, el antiguo pueblo selló de una vez por todas la integración del barrio a la ciudad. Seis carriles sobre un nuevo puente borraron la frontera imaginaria del Río de los Gómez. Literalmente, los unía un mismo eje.

Trazado sobre el costado sur del viejo barrio, el bulevar López mateos partió en dos el terreno del viejo seminario. Unos años más tarde (1966), sobre la parte que quedó hacia el centro del Coecillo (las canchas de fútbol y unos antiguos canales de piedra) se levantó el centro comercial Estrella, el mas moderno en su momento.

Este sitio albergaba librerías, florerías y sencillas boutiques, una sucursal de la comercial Mexicana, el restaurante Aloha (luego convertido en Lalo's and Charlie's) y el Cinema Estrella. Todo el conjunto ha sido demolido en pos del fallido intento de construcción de un nuevo centro comercial, si bien el restaurante siguió funcionando aún por algunos años.

El nuevo eje redefinió la parte baja del Coecillo. Nació una activa zona comercial que incluyó bancos, hoteles, mueblerías, oficinas gubernamentales, restaurantes, agencias de autos, más cines y edificios de distintas aspiraciones, todos ellos ligados al Centro de Convenciones que se construyó en el extremo sur de la avenida. En 1982 abrió sus puertas la Plaza del Zapato.

Sin embargo, no fue el Eje lo que redefinió al Coecillo, sino la Central Camionera. Auténtico puerto de entrada y salida de personas y mercancías, la construcción de este recinto en 1969 (Alegre Vega, 2005:94) propició la creación de nuevos bulevares y la urbanización del entorno -con el consiguiente tráfico vehicular-, las apertura de hoteles y fondas y, lo más importante, una creciente zona comercial centrada en la piel y el calzado.

*La Central Camionera reconfiguró la vida económica del barrio.*



### 3.5. EL COECILLO HOY

Si bien ya no quedan huertas en el Coecillo, lo que no deja de florecer es el comercio de calzado y la piel. Más que picas, lo que abunda son locales y bodegas de zapatos de todos tipos, estilos y colores.

No dejan de aparecer plazas especializadas, que constantemente se renuevan, además de conjuntos de locales del ramo. Pero sobre todo se abrieron accesorias, bodegas y tiendas por doquier, hasta dejar sin rastro de viviendas cuadradas enteras.

Existen calles, como la de Guadalajara, donde los locales comerciales han desplazado totalmente las zonas de vivienda. En La Luz y Héroe de la independencia, las dos vías principales, la tendencia apunta en ese sentido: casas que sacrifican recámaras para abrir locales o negocios que sacrifican casas para seguir creciendo.

Pero lo más sorprendente son los datos que ilustra en su tesis de licenciatura la hoy arquitecta Celina Yazmín Chávez: la mayoría de los comercios en el barrio son de coecillenses, montados en sus casas o en locales rentados a vecinos cuyos empleados son, en buena medida, también originarios del Barrio (Alegre Vega, 2005:96).

Distintos estudios señalan que al menos la mitad de las cuadras que integran calles como La Luz y Héroes de la Independencia se transformaron en negocios ligados, fundamentalmente, tanto a la venta como a la producción de calzado.

Hay ejemplos más contundentes. Hace dos décadas, el tramo de la calle Guadalajara comprendido entre las calles La Luz y Héroes, era una colección de angostas y populosas vecindades con huertos y corrales. Un puñado de hábiles comerciantes como Luis Fuentes, Juan Antonio Sánchez y Magdaleno Rocha, entre otros, comenzaron a abrir locales en la cuadra para distinguirse de los vendedores de menudeo de la zona inmediata a la central camionera. Sumido el país en consecuentes crisis económicas, los expendios de la calle Guadalajara se convirtieron en el referente para aquellos que buscaban zapatos baratos, los más baratos. Esos compradores eran los que venían a León a surtir camiones enteros para llevar el producto a tianguis y tiendas populares de todos los rincones del país. De hecho, y hasta la fecha, aquí entran sólo los mayoristas (Alegre Vega, 2005:101).

Las vecindades desaparecieron. Los vecinos se fueron. *«Cada terreno se convirtió en una joya. El metro cuadrado llegó a costar más que en la zona residencial más exclusiva. Abrir una tienda aquí era como poner una fábrica de billetes»* (Alegre Vega, 2005:101).

Hoy no es tan disputado un espacio en esta cuadra, que ya está saturada de establecimientos. La disputa ahora es por las cuadras aledañas, por las calles vecinas, por cualquier rincón del barrio.

A partir del siglo XIX sería más bien notoria la llegada permanente (como sigue ocurriendo) de gente de otras regiones, de quienes encontraron en León el refugio o la oportunidad de trabajo negada en otras ciudades.

En León, este barrio es el único que tiene dos jardines: San Francisco y San Juan. Cada uno tiene una iglesia con su particular y amplio calendario de festividades y celebraciones, mismas que determinan en buena medida la vida misma del Coecillo, pues la mayoría de sus habitantes son católicos.

Al margen de las fiestas, ambos jardines concentran la vida social del barrio. Siempre hay gente, y ésa es la mejor prueba de que el barrio goza de buena salud, pese a los años y los cambios.

En San Juan destacan los arcos sobrevivientes del antiguo atrio, así como su kiosco de corte neoclásico, rodeado de árboles antiguos y altos. Del templo, austero, llama la atención la antigua capilla lateral, donde se venera a la virgen de la Purísima Concepción. Su conjunto, incluida la pila bautismal de cantera, representa la parte más antigua del recinto, y permite tener una idea de sus primeros años como parroquia.

San Francisco es menor en tamaño, pero concentra mayores elementos de la vida del barrio. Ahí está por ejemplo el mercado –construido a un costado del atrio ya desaparecido–, el teatro Fray Pedro de Gante, donde los vecinos dan rienda suelta a sus inquietudes artísticas, y la casa que alberga a la comunidad franciscana, en cuyo exterior quedaron durante décadas los restos del viejo panteón coecillense.

Entre esta casa –de arcos y patio central bien conservado– y el templo de San Francisco, llaman la atención las pinturas de Antonio Segoviano, principalmente aquélla ilustrada con unos inusuales demonios verdes.

Ambos templos, como los dos jardines, cada domingo lucen atestados desde temprana hora. Ese día, los que se han ido, regresan al Coecillo. Y a la salida de misa, van al menudo, por un chocomilk o por el mandado de la semana.

*El templo y plaza de San Francisco concentran numerosos elementos de la vida social del Barrio.*



Entre San Juan y San Francisco hay que resaltar la siempre transitada cuadra que las une. En ella hay fincas de pisos altos –recuerdo de las inundaciones–, con marcos de cantera en sus puertas y ventanas.

En 2005 se anunció una inversión de 16 millones de pesos para renovar la central camionera –construida en 1969 para terminar con el caos que provocaban los camiones foráneos en el centro de la ciudad. El recinto diariamente atiende un promedio de 9 mil pasajeros y 760 corridas de autobuses. Los planes incluyeron la construcción de un estacionamiento, la modernización de andenes y de los servicios interiores, así como el reordenamiento del servicio de taxis. La inauguración de la nueva versión de la Central Camionera fue en 2006.

En el Coecillo se dio una marcada incorporación al comercio en un área que va desde los alrededores de la Central de Autobuses hasta el malecón del río y desde el Bulevar López Mateos hasta la calle La Luz.

Su mercado son los compradores que cada semana llegan desde otras ciudades en excursiones colectivas, para adquirir el calzado que han de vender en sus ciudades, o los insumos con que lo producirán (Labarthe y Zermeño, 2004:97). En calles cercanas a la central camionera –como Montecarlo y Zacatepec– hay pequeños talleres maquiladores de calzado, que al irse acercando a la calle La Luz se convierten en talleres mecánicos ligados al corporativo Flecha Amarilla.

Pese a estos cambios, las plazas de San Francisco y San Juan, conectadas a través de la calle San Juan, son espacios de fuerte identidad barrial. A unas cuadas están las cuchilleras en la calle Herreros, la peluquería en contraesquina del bar Cuatro Vientos y el Salón Rojo con más de cincuenta años, además del hospital San Francisco y el convento franciscano, ligados al Instituto Leonés.

Aunque de historia discreta, el teatro Fray Pedro de Gante tiene una larga historia de vida: se inauguró en 1943. Edificado a un costado del atrio del templo de San Francisco, y más ocupado de atender la vida espiritual del barrio que las manifestaciones artísticas, el recinto llegó a las postrimerías del siglo XX en mal estado.

Con la intervención del gobierno municipal, el Fray Pedro de Gante –nombrado así para recordar al más querido de los sacerdotes franciscanos en El Coecillo– fue remodelado y mejorado en 1993 y reabierto un año después (Alegre Vega, 2005:89). Su foro ha dado cabida a diversos

eventos del Festival Internacional de Arte Contemporáneo y del Festival de Marionetas que año con año se realizan en León.

### 3.6. PROYECTOS EN MARCHA

En la actualidad, es de destacarse que el municipio ha presentado dos grandes proyectos para ejecutarse en corto o mediano plazo en el barrio del Coecillo, ambos proyectos considerados como de «*regeneración urbana*».

Destacan por su marcado carácter contradictorio, uno buscando fortalecer la identidad mirando hacia el pasado remoto, recuperar las raíces coloniales o fortalecer una imagen urbana en ese sentido; el otro mirando hacia adelante desde el presente, buscando fortalecer desde su perspectiva el actual motor económico del barrio, potencializarlo hacia futuro y volver a encausarlo hacia la modernidad. Estos proyectos son el de Rutas del Peatón, en la parte poniente del Barrio, en torno a las plazas duales. El otro, el proyecto Zona Piel, en la parte oriental del barrio, consta de varios ejes que parten desde la central de autobuses. De éste último proyecto ya ha concluido una primera etapa.

Estos proyectos no sólo nos sirven para entender dónde se crea y se recrea actualmente la identidad y la vitalidad del barrio, sino que también son muestra de dónde se hallan los motores de su desarrollo, así como de la paradoja en que se encuentra: en la bifurcación entre un pasado remoto que busca ser rescatado, retomado y potencializado, y de un futuro prometedor, o por lo menos esperanzador, el cual hay que buscar desde el presente.

3.6.1. RUTAS DEL PEATÓN. El Instituto Municipal de Planeación (IM-PLAN) tiene contemplado este proyecto dentro de dos de su líneas de desarrollo. Ésta es la descripción que de él se hace en su cartera de proyectos:

Estas rutas son paseos públicos que rescatan y dignifican el espacio de circulación para el peatón, mejoran la imagen urbana de la vialidad y del contexto inmediato. Esto con el objetivo de conformar una red alternativa de movilidad, que

entrelace y conecte los principales barrios históricos de la ciudad, con sus edificios de patrimonio histórico y los espacios públicos. (IMPLAN, 2009: Infraestructura y equipamiento para el desarrollo)

Las rutas del peatón son una serie de paseos públicos que rescatan y dignifican el espacio de circulación para el peatón, mejoran la imagen urbana de la vialidad, formando una red que enlaza y conecta los principales edificios y espacios públicos. (IMPLAN, 2009: Rumbo económico)

3.6.2. PROYECTO ZONA PIEL. De igual forma, el IMPLAN enmarca este proyecto dentro de la línea 2 de su cartera de proyectos. Cabe destacar que de este proyecto ya se realizó la primera etapa durante la pasada administración, quedando estancado en lo que va de esta. Además de lo que se menciona, cabe destacar un gran proyecto de infraestructura de drenaje pluvial realizado a la par, que promete acabar con las inundaciones, y que ha funcionado adecuadamente en las dos temporadas de lluvia que tiene de vigencia.

El área de “Zona Piel” se ha convertido en uno de los centros comerciales más grandes del mundo en venta de productos de piel. El centro es potenciado por sus establecimientos ancla: Plaza del Zapato y Plaza Piel, además de estar dinamizado por la ubicación de la Central de Autobuses de la ciudad a sólo una cuadra de distancia.

Se cuenta ya con la primera etapa, la cual consideró la obra en el Bulevar Hilario Medina y Española. El proyecto contempla políticas de regeneración de la imagen urbana (mobiliario, pavimentos, control de anuncios, señalización) de la zona, la creación de estacionamientos y la integración de una Guardería propuesta por Gobierno del Estado. (IMPLAN, 2009: Rumbo económico).

## CAPÍTULO IV

### Los espacios de la identidad

4.1 Espacios simbólicos	78
4.1.1 Los templos y plazas de San Francisco y San Juan	79
4.1.2 Franciscanos	86
4.1.3 Otros espacios eclesiásticos en el Coecillo	88
4.1.4 El malecón y el puente del Coecillo	90
4.1.5 Las periferias del Barrio	91
4.2 Las transformaciones del Coecillo en la segunda mitad del siglo XX	92
4.2.1 El Bulevar Adolfo López Mateos	93
4.2.2 La central de autobuses	96
4.3 La creación de nuevas tipologías	97
4.3.1 Los ejes comerciales oriente-poniente	100
4.3.2 Circulación de mercancías	104
4.3.3 De donde proviene esta tipología	108
4.3.4 Transición. De la vivienda a los espacios para la producción y el comercio	109

Ahora abordaré el tema de la identidad en mi zona de estudio, el Barrio del Coecillo, en el momento histórico actual. Partiré de reconocer que este espacio tiene una identidad local que lo distingue, y esta identidad se valora no sólo al interior del barrio, sino en el conjunto de la ciudad. Lo anterior se explica por las relaciones de poder económico, religioso y simbólico que en él coexisten.

Hoy la identidad es un argumento que muchos grupos de diversas índoles y con diferentes objetivos empuñan para alcanzar sus metas y para ver materializados sus anhelos, para trazarse objetivos y para finalmente transformar la ciudad. Basta como ejemplo el “*Museo de las identidades leonesas*”, cuya apertura está planeada para el año 2013, y que es la culminación de un largo proceso de transformación urbana en su centro histórico.

Los conflictos de identidad son conflictos actuales, que atañen a las circunstancias del presente, si bien tienen en la historia, en el pasado, una base de legitimización. Lo popular y lo tradicional no son piezas de museo a las que hay que admirar y proteger, o lamentar su desaparición paulatina. Las intervenciones en defensa de la identidad no tratan de rescatar un pasado añorado, su intención expresa es modificar y mejorar las condiciones del presente. «*Las identidades se construyen gracias al reconocimiento de un ‘nosotros’ frente a ‘los otros’, privilegiándose los elementos unificadores a costa de la negación de la diversidad del grupo*» (Safa Barraza, 1998:131).

No he querido caer en el error de intentar mostrar al Coecillo como una comunidad tradicional inalterada en el tiempo, eterna, que podríamos remontarnos a sus orígenes y encontrar que el barrio era tal y como es ahora, gracias al esfuerzo de sus habitantes por mantener una «*autenticidad*» o una historia. No es ése el caso. Pretendo describir, desde la arquitectura y la morfología de la ciudad, la identidad de un barrio

que se ha ido conformando a través del tiempo, que se representa en el entorno construido y se manifiesta en él. Para estudiar las identidades locales hoy en día, habrá que explicar primero la manera en que los vecinos *«las representan y viven; cómo explican su coherencia que les permite clasificar, identificar y diferenciar, incluir y excluir a los que son y a los que no son»* (Safa Barraza, 1998:129).



*En los edificios la historia se objetiva y se vuelve símbolo.*

La persistencia de comunidades como el Coecillo no se puede entender sólo como evocaciones del pasado, sino como el resultado de complejos procesos de representación y prácticas de autoidentificación y diferenciación que se construyen y reconstruyen permanentemente. Esto contribuye a recrear en el imaginario colectivo aquellos elementos del pasado que sirven para *«construir la identidad en el contexto del ahora, o para luchar con base en la tradición y la memoria por un futuro esperado»* (Safa Barraza, 1998:131).

El pasado permanece a través de la memoria, la arquitectura histó-

rica que se conserva en algunos edificios, iglesias y monumentos, y el trazado urbano de las calles. En ellos la historia se objetiva, pasa de lo oral a lo tangible y se vuelve símbolo. Esos espacios siguen siendo los más importantes del barrio pues están llenos de un significado inherente, porque en ellos los habitantes reivindican la historia del barrio al ser testigos de su permanencia física a través del tiempo y le confieren la sensación de lo histórico. Es en estos espacios donde las expresiones deliberadas y vistosas de la identidad se hacen presentes de diversas maneras, a manera de rituales que son entendidos e interpretados por toda la comunidad.

Hablar de los lugares significativos del barrio es también poner atención a las vidas de las personas que vieron y vivieron los cambios que ocurrían (y ocurren) en su comunidad, y que reaccionaron o participaron en ellos de diversas maneras, pero que en conjunto han contribuido a crear el barrio que existe hoy.

Por otro lado, también me interesa estudiar otra arquitectura: la de los espacios que, debido a transformaciones de diversa índole, han tenido que adecuarse a nuevas condiciones económicas, sociales y urbanísticas, modificando a su vez el entorno del barrio y sus límites. *«En estos contextos la gente vive e intenta reproducir su estilo de vida; y al hacerlo establece redes solidarias y relaciones que cohesionan y dotan de sentido a la colectividad»* (Pensado y Real García, 2003:47). Las actividades económicas, por ejemplo, se han adaptado a las influencias externas y han alterado las relaciones sociales del barrio, y por tanto los espacios en las que éstas se realizan. En este caso, me interesa comprender estos espacios que se vuelven un lienzo sobre el cual la comunidad manifiesta de manera velada su identidad. Al contrario de lo que ocurre en los espacios *«simbólicos»*, en esta segunda clase de entornos no existe una intención de manifestarse, esto sucede de manera casi natural en un proceso de apropiación y la consecuente adaptación de los espacios a las formas de vida. Eso es lo que los vuelve tan interesantes.

La identidad barrial es una relación bipolar que se construye con base en dos elementos: en la memoria y la historia. Para afirmar los elementos compartidos y diferenciarse de otros grupos, los sujetos recurren a representaciones, prácticas y rituales en la vida cotidiana. La identidad

se construye y reconstruye en el día a día, siguiendo una dinámica tan compleja que a veces puede albergar contradicciones.

#### 4.1. ESPACIOS SIMBÓLICOS

El barrio del Coecillo, como un espacio social cotidiano, es creado, recreado y reinventado constantemente por sus habitantes, que realizan su vida en una intensa interacción con el entorno urbano. En sus calles, en sus iglesias, en su arroyo y su río, la gente puede recordar su historia a través de viejas anécdotas, leyendas e historias personales y colectivas.

Estas narrativas son construcciones imaginadas del barrio, que sirven para definir aquellos elementos que los identifican, pero también para *«hacer frente a las tensiones y conflictos internos; si bien enfatizan la continuidad de las tradiciones en el tiempo, y la unidad del grupo, en realidad son útiles para resolver precisamente las discontinuidades, tensiones y desgarres internos»* (Safa Barraza, 1998:155). El pasado se recuerda a través de su arquitectura, plazas y monumentos. La población recibe esta historia objetivada, pero también la reinventa desde sus propias acciones.

Los lugares, es decir, los espacios con significado simbólico, comunican mensajes sobre la identidad local, sobre *«el comportamiento asociado*

*El lugar donde se vive es un asunto de estilo de vida. Los lugares forman parte de un sistema en el que encuentran su coherencia y ubicación.*



*a él, sus parámetros físicos y el tipo de personas que se espera encontrar en él».* (Safa Barraza, 1998:167). Vistos de esta manera, estos espacios son escenarios con ciertos atributos, que conforman una identidad que se ha construido con el tiempo. Las actividades que se realizan en ellos refuerzan estos atributos identitarios y los vínculos que los individuos establecen con ellos, pero a su vez están condicionadas por los espacios, por lo que cada día se recrean.

El barrio tiene muchos lugares: jardín, plaza, iglesia, parroquia, y una gran diversidad de actores. Cada uno de ellos es distinto, pero, al mismo tiempo, *«forman parte de un sistema en los cuales encuentran su coherencia y ubicación. El lugar donde se vive, además de responder a una situación económica, es asunto de un estilo de vida»* (Safa Barraza, 1998:167).

La vida social del barrio ocurre en estos lugares específicos *«que por esta interacción se convierten en puntos relevantes del paisaje»* (Pensado y Real García, 2003:47). La sociedad como conjunto puede apropiarse de los espacios públicos. Apropiarse de un lugar significa, según Patricia Safa Barraza, controlarlo real o simbólicamente, y regular el uso que de él hagan personas ajenas al barrio. *«Es crear un sentido del lugar, volverlo familiar, investirlo de significados, cuidarlo, cultivarlo y generar sentido de pertenencia que permite la identificación. Es la capacidad de alterar o modificar ese espacio. También es tener derecho a incluir y excluir, y reglamentar formal o informalmente sus usos»* (1998:168).

Así es como estos puntos específicos se convierten en lugares, a los que las personas dotan de sentido y convierten en referentes claros a su historia individual y colectiva, y de esta manera organizan el entorno urbano. Estos lugares actúan como recipientes de la historia, transformándose en *«sitios de encuentro donde las relaciones sociales se intensifican, donde la memoria colectiva traza sus pasos y se conforman puntos de identidad local»* (Pensado y Real García, 2003:48).

4.1.1. LOS TEMPLOS Y PLAZAS DE SAN FRANCISCO Y SAN JUAN. Desde su fundación, la vida religiosa ha tenido un papel central en la vida del barrio, y la preeminencia de la iglesia católica siempre ha sido incuestionable. Basta recordar que la fundación de la ciudad trajo consigo la llegada de misioneros franciscanos, con la encomienda de adoctrinar a los indígenas. Como se dijo en el capítulo anterior, tradicionalmente

se reconoce al bachiller Alonso Espino como el fundador del barrio y aunque esto no está debidamente documentado, sí es casi seguro que la fundación se haya dado de la mano de los religiosos.

Es muy probable que los mismos franciscanos fundaran alguna capilla primitiva, aunque no hay certeza de que se encuentre en el emplazamiento de alguna de las actuales. Lo que sí se puede corroborar, es que en 1670 llevaron a ella la imagen de la Inmaculada Concepción, copia de la de San Juan de los Lagos (Alegre Vega, 2005:12). Esto sugiere que existiría al menos una capilla en el emplazamiento de la actual, ya que aún se le conoce como San Juan del Coecillo.

En algún momento durante la colonia, el pueblo se llamó “*Pueblo de la Purísima Concepción de San Francisco de Asís*” (Alegre Vega, 2005:15), si bien el único plano colonial de la ciudad que se conserva, datado a finales del siglo XVIII, ya reconoce al pueblo como “*Cuesillo*”. El plano muestra dos calles que se unen a la altura del puente colonial, el cual sabemos siempre ha estado emplazado en el mismo sitio. El pueblo del Cuesillo se muestra como un conjunto de casas y huertas agrupadas en torno a la plaza y se sugiere la presencia de un templo.

Para este análisis, lo más valioso de ese plano es la forma en que conceptualiza la estructura urbana del barrio. Podemos ver que se trata básicamente de una serie de casas y huertos, acomodadas de una forma algo desordenada en torno a una plaza que sí se muestra perfectamente ortogonal y rodeada en sus cuatro lados por construcciones (ninguna otra manzana se muestra totalmente edificada), y al oriente de la cual se muestra, algo borrosa, la imagen del templo.

Del culto a la llamada Virgen de San Juan del Coecillo existen referencias varias desde el último cuarto del siglo XVII. Según María de la Cruz Labarthe, ya desde entonces la vida religiosa del barrio giraría alrededor de esta advocación, la cual tendría influencia en la vida social a través de la cofradía correspondiente, que aún se mantiene viva (Labarthe Ríos, 1997:154).

El templo de San Juan estaría ya terminado en una configuración muy cercana a la actual en 1716, como lo indica la fecha tallada en la clave de uno de los arcos de la nave (23 de junio de 1716). Después de creado el obispado de León en 1863, el templo de San Juan se erige como sede parroquial el 22 de marzo de 1864 (Alegre Vega, 2005:34). Las últimas

transformaciones importantes se realizan en 1897, cuando se crea el frontispicio de cantera que hasta hoy se conserva, y en 1899, cuando se concluyen las obras del altar mayor y los laterales, sustituyendo al anterior derribado en 1896 (Alegre Vega, 2005:50).



*Desde el siglo XVII, la vida religiosa del barrio giraba en torno a la advocación de la Virgen María de San Juan del Coecillo. Templo de San Juan.*

Del templo de San Francisco, por su parte, se sabe según fuentes imprecisas que sus obras comenzaron a mediados del siglo XIX (Alegre Vega, 2005:39), aunque seguramente se construyó de manera precaria, pues al poco tiempo tuvo que rehacerse. Esto sucede en 1886, cuando *«en vista del estado ruinoso en que se hallaba, las autoridades ordenan reparar el templo de San Francisco.»* En 1903 se inician las obras para construirle también un nuevo altar (Alegre Vega, 2005:49-50).

En 1912 los franciscanos se hacen cargo del templo de San Francisco de Asís, en el Coecillo, el cual conservan hasta la actualidad. Los franciscanos agregaron a su conjunto el espacio del teatro Fray Pedro de Gante, construido en 1943 (Alegre Vega, 2005:50) gracias a la intervención del fraile Daniel Mireles, quien también impulsó la creación del Instituto Leonés, importante institución educativa con trascendencia en toda la ciudad, ubicada en los confines del Coecillo.

El Coecillo no permanecía aislado de las transformaciones que ocurrían en la ciudad y en el país. En 1896 (Alegre Vega, 2005:68) ya existía un tranvía, jalado por mulas, que llegaba hasta el Jardín de San Francisco, en la actual calle Héroes de la Independencia, y que lo conectaba con el centro de la ciudad y de allí con los demás barrios.

Si bien en un principio la vida del barrio giraba en torno a la plaza de San Juan, donde seguramente se ubicaba también la sede del gobierno del pueblo, hoy la plaza de San Francisco parece ser el centro de la vida del barrio, al tener una actividad cotidiana más intensa. Ya desde inicios del siglo XX era a esta plaza a donde llegaban las rutas de tranvía. La razón es muy lógica: la calle al sur de esta plaza, Héroes de la Independencia (conocida hasta 1916 como San Francisco), confluye junto con La Luz en el puente del Coecillo, también llamado Barón y Morales. La calle se ensancha un carril a la altura de la plaza y ha sido desde hace décadas un nodo de transporte importante en el barrio. Si bien el tráfico de autobuses de transporte urbano ha disminuido desde la creación del corredor López Mateos del Sistema Integrado de Transporte (SIT) con autobuses articulados, aún recalán en la plaza las rutas del transporte urbano que cruzan el barrio. La plaza es también el punto de partida

*Los habitantes hacen uso de las plazas. Dotan de sentido a los espacios al construir en ellos sus historias de vida.*



de autobuses con destino a distintas comunidades suburbanas del municipio.

La Plaza o Jardín de San Francisco es adecuada para la actividad diurna. La vegetación central es alta y densa, bajo su sombra baja la temperatura durante el día. Los arboles en el margen sur de la plaza son ficus de denso follaje y copa baja, que crean una franja de sombra densa bajo la cual los usuarios esperan las rutas del transporte público. Bajo su sombra también se acogen los boleros y los vendedores de comida y revistas, a la espera de que las condiciones del espacio atraigan a los transeúntes. Diversas personas usan la plaza de San Francisco, no sólo habitantes del barrio. Diariamente tiene visitantes de colonias vecinas, que no cuentan con espacios con esas características en sus lugares de residencia. Todos forman parte del entorno, nadie queda excluido.

En torno a esta plaza se encuentran además varios espacios lúdicos importantes. La cantina “*El salón rojo*” es una de las más antiguas de la ciudad, así como el bar “*Cuatro Vientos*”, ambos de gran tradición local. Anexo al templo y casa cural de San Francisco, se encuentra el Teatro Fray Pedro de Gante, manejado por los franciscanos.

El tramo de la calle Fray Daniel Mireles comprendido entre las calles San Cayetano y San Juan es peatonal, y allí se instala un pequeño tianguis permanente, vinculado al contiguo mercado de San Francisco. En la fachada norte de esta calle aún existen casas habitación, aunque la mayoría se han transformado totalmente o en su primera crujía en locales comerciales. Además, en la esquina de las calles Héroes de la Independencia y San Cayetano, se instalan todas las noches las hamburguesas “*Arañas*”, famosas en toda la ciudad, frente a la en esas horas sombría plaza de San Francisco. Las mismas razones por las que la plaza de San Francisco es utilizada du-



*Inauguración del sistema de iluminación nocturno por parte del presidente municipal. Los procesos de renovación, cual ritos fundacionales, convocan a los principales actores del barrio. También las autoridades buscan hacerse presentes.*

rante el día, complican su aprovechamiento nocturno. Las copas de los árboles dificultan una iluminación nocturna adecuada. Solo la zona del antiguo atrio del templo está perfectamente iluminada, donde además recientemente se ha inaugurado la iluminación nocturna de la fachada del templo.

Por el contrario, en la plaza de San Juan, la vegetación es menos densa, alta, pero no abundante. Esta plaza está relativamente desprotegida del sol. En la zona central alrededor del quiosco, donde se concentra la vegetación del jardín, sí se forma un microclima más fresco que el circundante, por lo que durante sus horas de descanso laboral podemos encontrar a los usuarios en las bancas contiguas aprovechando esta ventaja. En torno a esta plaza se encuentran «carritos» donde se ofrecen los más tradicionales antojitos leoneses, pues a la par de los ineludibles tacos, conviven «chocomilks», las típicas tortas «guacamayas» y las tortas

*La vegetación de la Plaza de San Juan genera un microclima que permite la utilización del espacio.*



de taco dorado, así como la bebida leonesa por excelencia: la cebadina. Todos se instalan al caer la tarde y terminan sus actividades por la noche.

Como podemos ver en el plano anexo, el entorno de ambas plazas es de uso primordialmente comercial, además de los servicios, pues en torno a ambas se encuentran varias escuelas. Esto implica un uso regional de estas plazas a la hora de la salida de clases: los estudiantes, que provienen de diversas partes de la ciudad, hacen uso de estas plazas, las conocen y también las «*identifican*». Es en estos espacios donde los habitantes del barrio viven la confrontación con «*el otro*», que les permite distinguirse de ellos. La identidad no sólo se construye como una relación dialéctica y alejada del conflicto, sino que es un escenario de encuentro con el otro. Cualquier identidad se crea a través de una negociación perpetua con la alteridad.

Las dos plazas están conectadas entre sí por la calle San Juan. La configuración de esta conexión hace que las vistas se generen en escorzo,



*Todos forman parte del entorno. Nadie queda excluido.*

no ocupan ninguno de los templos los remates de las calles, sino que se integran en un juego de vistas cambiantes, creando transformaciones visuales generadas por los cambios de perspectiva.

4.1.2. FRANCISCANOS. La vida religiosa y cultural del barrio recibe una fuerte influencia de la actividad de los frailes franciscanos que tienen su casa cural anexa al templo de San Francisco, en la plaza homónima. Como hemos visto, esta congregación tuvo un papel protagónico durante los primeros años de vida de la villa, pues fueron ellos los primeros religiosos que llegaron con los colonos que fundaron la Villa de León, y quienes erigieron la primer capilla (hoy conocida simplemente como «*la parroquia*») que atendieron hasta la secularización de las parroquias de la Nueva España en 1641.

Como dije antes, fueron posiblemente los Franciscanos quienes fundaron los barrios de indios que rodeaban a la Villa Española de León. En particular, la afinidad por el Coecillo queda expresada en la tradicional idea, que recoge María de la Cruz Labarthe, de que en terrenos



del entonces pueblo del Coecillo esta orden improvisó la primer capilla que se construyó en la ciudad y un precario primer convento, mientras se concluían las obras del que se edificaba en la parte poniente de la plaza de la Villa de Españoles. (1997:154). Aunque no existen evidencias para constatar esta creencia popular es evidente la simpatía de los propios pobladores del barrio por la orden de los franciscanos, reconociéndolos como parte de la comunidad desde su origen. Esto también pone en manifiesto una intención de demostrar la predilección hacia el Coecillo por parte de los frailes.

También fueron ellos quienes, según la misma autora, a fines del siglo XVI, tuvieron que erigir un templo, al que llegó la imagen de la Purísima Concepción de San Juan, en



*El templo de San Francisco, posiblemente el principal monumento del Barrio, se ha sometido a un proceso de renovación constante, curiosamente con el fin de preservar el pasado y la historia (y de este modo resguardar el futuro).*

1670. Este templo es con diversas modificaciones el actual templo de San Juan del Coecillo.

A mediados del siglo XIX se construyó la iglesia dedicada a San Francisco de Asís, la que tuvo que ser reconstruida en 1886 debido a problemas en su construcción (Labarthe Ríos, 1997:154). Después, el claustro colonial de los franciscanos en el centro de la ciudad fue concedido al clero regular, y a éstos en compensación se les asignó el espacio que actualmente ocupan en el Coecillo. Esto ocurrió en 1913 y desde entonces la presencia de los franciscanos ha sido determinante en la vida del barrio.

El convento franciscano del Coecillo es hoy en día uno de los principales promotores culturales del barrio, no sólo de la vida religiosa, como es evidente. Además del templo y la casa cural, los frailes operan el teatro Fray Pedro de Gante, donde realizan eventos relacionados con el calendario litúrgico, así como relacionados con los eventos culturales que se realizan en la ciudad, como el Festival Internacional Cervantino (FIC) o el Festival Internacional de Arte Contemporáneo (FIAC). Además crearon el sanatorio San Francisco, en la calle Acapulco y los colegios Instituto Leonés, en la calle Fray Daniel Mireles esquina con Hilario Medina, que en 2005 creó la Universidad Franciscana de México; y el colegio Fray Pedro de Gante, en la calle Española, destinado a estudiantes de bajos recursos.

Los franciscanos se han integrado fuertemente con la comunidad. Viven en el corazón de ella y ocupan espacios importantes por su ubicación y por las actividades que se realizan. Tienen iniciativas que contagian a los coecillenses y una capacidad de organizarlos que es de destacarse. Por ello, considero que la organización de frailes franciscanos, tanto los que viven en la propia casa cural de la plaza de San Francisco, como los que habitan en el instituto Leonés, conforman la principal institución cultural del barrio.

**4.1.3. OTROS ESPACIOS ECLESIASTICOS EN EL COECILLO.** En el Coecillo, además de los templos de San Juan y San Francisco, existen varias capillas de menor tamaño, que tienen relativa importancia, sin llegar a equipararse con ellas. Cada una tiene una historia diferente y están fuertemente ligadas al entorno inmediato en el que se ubican. Además,

ya que todas se crearon más o menos dentro del mismo contexto histórico, me parece que será interesante comparar el desarrollo que tuvo cada una de acuerdo a sus circunstancias.

La capilla del Carmen, ubicada en la calle de La Candelaria, casi en la esquina con la calle Sánchez, es la más antigua de ellas. Concluida en 1873 a expensas de Antonio Pacheco, quedó semidestruida en 1911 por un incendio y estuvo cerrada al culto desde 1921. Hoy se ha reacondicionado para los actos litúrgicos.

El templo de San Pedrito, ubicado en la esquina de las calles Aca-pulco y San Pedrito, se construyó en 1880 aunque la clave del arco de su acceso marca el año de 1884) y es el que menos modificaciones ha tenido desde entonces. Su arquitectura podría darnos una idea de cómo eran estos espacios en sus orígenes. Conserva un espacio atrial cerrado, sobre el que se han agregado algunas edificaciones dispersas.

El templo de Las Crucitas de la calle Monterrey tiene su origen en 1887, cuando surge con el nombre de La Cruz. Sin embargo esta construcción fue demolida en 1949 para dar paso a una nueva que a su vez ha tenido diversos procesos de renovación, el último en 2011, que le ha dado una inexorable imagen moderna.

El templo de la Santa Cruz, conocido popularmente como Cruz de Cantera, en la calle del mismo nombre, comenzó a levantarse en 1910. Su proceso de construcción se extiende hasta 2012, pues en algún momento se decidió transformarlo a un estilo neo gótico. Por su ubicación, se le

*El templo de Cruz de Cantera, visto desde el otro margen del río.*



relaciona con la actividad de la prostitución que se ejerce en la zona del malecón del río; algunos vecinos consideran que son las sexoservidoras las principales mecenas de la capilla.

4.1.4. EL MALECÓN Y EL PUENTE DEL COECILLO. El otrora pueblo del Coecillo siempre se caracterizó por estar separado por el río de los Gómez de la antigua Villa. Hoy esa barrera se ha difuminado, pero sigue constituyendo la barrera imaginaria que delimita el Coecillo. El Malecón del Río de los Gómez, conocido originalmente como Malecón Colón, fue construido como un gran dique en la margen derecha del río después de la inundación de 1888 e inaugurado el 12 de octubre de 1892 (Labarthe Ríos, 1997:91). El dique de este malecón fue hecho de cal y canto mientras que el del margen izquierdo, el del Coecillo, era de adobe. En su construcción colaboraron unos cincuenta vecinos del barrio del Coecillo después de la inundación de 1907 (Labarthe Ríos, 1997:92).

Después de la inundación de 1888 se construyó el puente llamado Barón y Morales o del Coecillo, en la confluencia del Arroyo del Muerto con el llamado Río de los Gómez. Su diseño fue encomendado a Luis Long y su costo fue aportado por el obispo Tomás Barón y Morales.

*El puente del Coecillo, llamado Barón y Morales, es uno de los principales monumentos del barrio. Los comerciantes alrededor hacen referencia a su silueta en sus rótulos y marquesinas.*



(Labarthe Ríos, 1997:110). Sustituyó al antiguo puente colonial que se encontraba en la misma ubicación y que había sido el enlace entre la ciudad de León y el Coecillo desde el periodo Novohispano.

4.1.5. LAS PERIFERIAS DEL BARRIO. Al norte de la calle Candelaria y al poniente del Arroyo del Muerto se encuentran dos zonas urbanas que, si bien los vecinos suelen no incluir dentro de los límites imaginarios del barrio, están hoy ligadas a él, al haber quedado contenidas también dentro del polígono urbano conformado por las avenidas Hilario Medina, Vicente Valtierra, Adolfo López Mateos y Malecón del Río, y por constituir la extensión de la traza urbana del barrio, pues surgen a partir de la extensión del trazo de sus principales avenidas.

El plano de las nuevas vialidades desde 1950 muestra claramente que estas zonas se conformaron en los últimos cincuenta años, y no es de extrañarse que a pesar de esa relación inmediata que he mencionado, conforman espacios urbanos diferentes, que van desde el tamaño y distribución de los lotes (en su mayoría viviendas), aunque también existen espacios para la industria y escuelas, y que por lo tanto, a estas espacialidades diferentes, corresponden maneras de habitarlo también diferentes.

En la primera encuesta que realicé, cuyo objetivo consistió en delimitar los confines del barrio, la mayoría de los entrevistados excluyó la franja al norte de la calle Candelaria, y también la mayoría excluyó la zona poniente del Arroyo del Muerto, si bien algunos trazaron la frontera directamente en el río, mientras que otros la situaron en las calles que le son casi paralelas, como Chayote, Baños y Cerro Prieto. También hubo quienes incluyeron en la delimitación las manzanas ubicadas al sur de las calles Cruz de Cantero y La Mora. Aunque este límite no fue tan precisamente definido, se mantuvo la constante de intentar excluir la zona nor-poniente del polígono que yo definí como zona de estudio. Y, volviendo a los planos de estudio, es claro que estas zonas se desarrollaron bajo otros parámetros.

También es interesante notar cómo, al ser interrogados sobre las principales problemáticas del barrio, los habitantes aludían con cierto énfasis a esas zonas, mencionando que sobre todo allí era donde existen las pandillas, cuyas actividades sí son muy relacionadas con la vida del

Coecillo para los observadores externos. También es sabido, incluso en toda la ciudad, que la prostitución se ejerce a lo largo del borde del Río de los Gómez, al norte de donde lo alimenta el Arroyo del Muerto. Los habitantes del barrio tampoco incluyen esta actividad dentro de los límites del mismo, sin embargo, el resto de la ciudad la relaciona con él. Las pandillas de la zona son nombradas como las pandillas del Coecillo, tanto en las conversaciones entre leoneses como en los medios de comunicación locales, así como el sexo servicio que se ejerce también se conoce en casi toda la ciudad eufemísticamente como «*las chicas del bordo del Coecillo*». Incluso los observadores externos sabrán referirlas a la zona del templo de Cruz de Cantera.

#### 4.2. LAS TRANSFORMACIONES DEL COECILLO EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

El Coecillo se transformó en un lapso relativamente corto de cincuenta años: el barrio se vio impactado por la construcción de amplias avenidas que vinieron a transformar su fisionomía y la forma en que se relacionaba con el resto de la ciudad. A partir de la década de los sesenta, se realizan en la ciudad de León importantes transformaciones urbanas, que terminan por reflejarse hasta nuestros días como detonantes de las transformaciones que hoy conforman la fisionomía del barrio. El origen de estas intervenciones está en el crecimiento poblacional, así como en la demanda de espacio que comenzaba a reclamar el automóvil, por lo que fue necesario construir grandes vías por las que estos vehículos pudieran transitar, pues las calles estrechas de los barrios tradicionales –que como se puede observar en el plano de 1950 constituían el sistema vial de la ciudad se vieron totalmente rebasadas.

Como lo dice Miguel Ángel García Gómez, «*la particularidad de la ciudad, de encontrarse en el trayecto de la carretera federal 45, llamada Panamericana, que llegando a la ciudad por el oriente, desaparecía en las calles de la ciudad histórica para reaparecer al Poniente en la salida a Lagos de Moreno*» (2011:94), ocasionaba que no sólo el tránsito local saturara las estrechas calles de la ciudad histórica, sino que también el tráfico regional requería forzosamente de cruzar la ciudad a través de sus calles, pues no existía ningún libramiento u otra avenida que solventara este

problema. Como menciona el mismo autor, a este problema «*se agregaba el que las líneas de transporte foráneo de pasajeros tenían sus terminales en calles del centro histórico*» (García Gómez, 2011:94). Son estos dos problemas, ávidos de soluciones, los que se harían patentes a modo de intervenciones importantes no solo en el barrio del Coecillo, sino que afectarían a toda la ciudad en su conjunto.

Cabe destacar que estas intervenciones afectaron poco la morfología del barrio en un primer momento. A diferencia de lo que ocurrió en la zona centro de la ciudad, o en los barrios de San Juan de Dios, Santiago y San Miguel, la construcción de los ejes viales no rompió la trama original del barrio, y en cambio lo atravesó donde aún no existía una urbanización realmente densa. Sin embargo, como veremos a continuación, las consecuencias de estas modificaciones fueron, a largo plazo, aún más evidentes que en cualquier otra parte de la ciudad (ver plano de intervenciones urbanas).

**4.2.1. EL BULEVAR ADOLFO LÓPEZ MATEOS.** La primera transformación importante que se da durante la década de los sesenta, es la construcción del Eje Avenida, hoy conocido como Bulevar Adolfo López Mateos, que afectaría a toda la ciudad y que tendría muchas implicaciones en el barrio del Coecillo desde un primer momento, no tanto en cuanto a su estructura urbana, pero sí en la experiencia urbana.

Esta avenida tiene su origen en el Plan Guanajuato, que buscaba fomentar el desarrollo económico, social y urbanístico del estado a través de la creación de infraestructura, y que contempló el programa del Bulevar del Bajío, en Celaya, Salamanca y León (García Gómez, 2011:97)<sup>1</sup>.

Así, el lunes 2 de septiembre comenzaron los trabajos de ejecución del proyecto, y las demoliciones el día 8 del mismo mes (García Gómez, 2011:98). Como menciona este autor, esta nueva vialidad permitió una mejor movilidad vehicular desde el centro hacia los asentamientos en la periferia de la ciudad (García Gómez, 2011:98). Para el Coecillo esto fue muy significativo, pues por primera vez se vio unido al centro de la ciudad por un verdadero eje vehicular, que con sus ocho carriles superaba por mucho al antiguo puente del Coecillo, el único medio de comunicación entre el centro de la ciudad y el barrio hasta entonces. Por otro lado, la gran avenida significó «*la primera fragmentación del espacio urba-*

*1. Aunque estas tres ciudades se vieron afectadas por este plan, que incluyó la construcción de avenidas «modernas» dentro de su casco histórico, lo que implicó demoliciones; otras ciudades del estado se vieron favorecidas con intervenciones menos radicales, como Irapuato, donde el trazo de esta avenida formó prácticamente un libramiento y Guanajuato, de cuando data la creación de la calle subterránea.*

*no histórico, con el consecuente impacto social al separar a los habitantes del centro, de quienes entonces quedarían al norte de la nueva vialidad» (García Gómez, 2011:98). La vialidad se abrió a la circulación el 11 de junio de 1964 (García Gómez, 2011:100).*

Esta intervención física alteró el orden urbano existente. La nueva vialidad detonó la expansión oriente-poniente de la ciudad, además de que su existencia permitió la creación de nuevos equipamientos que después fueron nuevos detonantes de crecimiento. El más importante de ellos, es el Centro de Convenciones, construido junto a los terrenos de la feria en 1979, que con su ulterior transformación en 2000 en el Centro de Exposiciones Polifórum, y los equipamientos que lo rodean



*El Polifórum es un detonante de equipamientos que han alterado la morfología del barrio, en donde lo cruza el Bulevar López Mateos.*

(Estadio, Museos de Historia, de Ciencias y de Arte, Biblioteca, Teatro, espacios académicos, centros de espectáculos, Parque Explora), se ha convertido en el polo de transformación más importante no solo dentro de los confines de mi área de estudio, sino de toda la ciudad.

Podemos considerar que esta transformación urbanística tiene un perfil moderno en el sentido en que lo menciona François Ascher, quien piensa que más que de modernidad, debemos hablar de un proceso de «modernización», puesto que la modernidad no es un estado, sino un proceso constante de transformación (Ascher, 2004:44). Así, dicho bulevar ha sufrido un proceso de constante cambio, que lo ha llevado a transformar su imagen continuamente y a ser perpetuamente moderno. La primera reforma importante se ve en 1968 (García Gómez, 2011:99), cuando se construyó el camellón central. Hasta entonces no existía tal, y aquel “*Eje Avenida*” era la continuación de la carretera que continuaba por el corazón de la ciudad.

Este Bulevar<sup>2</sup> ha vivido a lo largo del tiempo nuevas modificaciones, contándose una aproximadamente cada diez años. En 1978 sufre la primera ampliación, que lo convierte de camino asfaltado a amplia calle pavimentada (Labarthe y Zermeño, 2004:70). En 1991 se pone en marcha el Plan Integral de Transporte Urbano de León (PITUL), que al agregar un carril de circulación elimina casi dos mil cajones de estacionamiento, afectando drásticamente la vocación comercial del bulevar (Labarthe y Zermeño, 2004:74). En 2003 vive una nueva transformación mayor, al ponerse en marcha el Sistema Integrado de Transporte (SIT), que introduce estaciones del sistema de transporte al centro de la vialidad, así como segregando los dos carriles centrales para el uso exclusivo de los autobuses articulados. En 2011, el bulevar vive un nuevo proceso modernizador, con la remodelación conocida como reactivación del bulevar Adolfo López Mateos, que mediante una serie de propuestas de mejoramiento de la imagen urbana, pretende recuperar la zona comercial, social y urbana de la avenida.

El efecto transformador más poderoso que esta avenida tuvo sobre el barrio fue la transformación de todas las manzanas que tienen fachada hacia él en una nueva clase de servicios, orientados hacia el actual complejo Poliforum. Tanto en el tipo de mercado que atienden como en lo arquitectónico, estas manzanas rompen su relación con el barrio, por lo

*2 He de mencionar que en León, a toda avenida de doble sentido, varios carriles y un camellón al centro se le nombra Bulevar.*

que en este estudio se toman en cuenta sólo para analizar esas contradicciones, pero no como parte íntegra del barrio.

La otra consecuencia importante es que la existencia de esta avenida, que cruzaba el Río de los Gómez y la ciudad histórica por el Centro con un ancho de vía tal que permitió multiplicar el número de viajes vehiculares, fue la forma en que el barrio fue verdaderamente absorbido a la dinámica urbana de la ciudad de León, al borrarse la barrera que impedía su integración.

En los gráficos anexos puede verse una comparativa entre una calle típica del barrio, con el ancho de vía que caracteriza a las vialidades de la estructura urbana antigua, y el bulevar como es hoy en día, una amplia avenida de ocho carriles, amplia banqueta y edificios de varios niveles.

**4.2.2. LA CENTRAL DE AUTOBUSES.** La construcción de la central de autobuses de León en 1969 fue la intervención que tuvo un efecto más importante en la fisonomía del barrio. Después de construido el bulevar Adolfo López Mateos, que como se mencionó solo tocaba la parte sur del barrio, se decidió construir un espacio en las afueras de la ciudad que permitiera liberar al centro histórico del tráfico que ocasionaban los autobuses foráneos. Para ello se eligió un predio ubicado al oriente del barrio del Coecillo, que en aquel entonces era el límite del área urbanizada de la ciudad.

Aunque el plano Carvallar de 1863 muestra que las manzanas comprendidas entre lo que ahora es el bulevar Hilario Medina y el Arroyo del Ejido ya estaban trazadas, podemos afirmar que el trazo era a manera de proyecto y que si hubo edificaciones, fueron de forma efímera. La evidencia nos llega hasta hoy, manifestada en la gran transformación sufrida en esa área desde el plano de 1950 hasta el de 2010. Estas zonas con una baja densidad de edificios –al contrario de lo que ocurría en la zona del barrio cercana a las plazas y al puente del Coecillo, y al igual que las que se encontraban al norte de lo que hoy es la calle Candelaria y las que se vieron destruidas por las sucesivas inundaciones- fueron aprovechadas para realizar las modificaciones que el barrio requirió conforme la ciudad, literalmente, la envolvía. Recordemos que hasta entonces el barrio era la única presencia «urbana» cercana a la ciudad

de León, en la otra ribera del Río de los Gómez. Al poniente del Arroyo del Ejido existía solo la comunidad y hacienda de San Pedro de los Hernández en las cercanías.

La central de autobuses trajo consigo nuevas condiciones económicas que fomentaron la transformación morfológica y social del Coecillo; en primera instancia, la creación de un nodo de transporte tan importante que lo puso en contacto directo con los demás centros urbanos del país.

#### 4.3. LA CREACIÓN DE NUEVAS TIPOLOGÍAS

La consecuencia más evidente de estas transformaciones a gran escala es la creación de la zona comercial llamada Zona Piel, contigua a la central, y que se especializa en la venta de artículos de piel, sobre todo calzado, producidos en la ciudad. Para entender esta reacción, explicaré muy brevemente las condiciones de la industria en la ciudad previas a la creación de la central de autobuses en el Coecillo.

Durante la segunda mitad del siglo XIX la principal actividad industrial era la textil, basada en la producción de rebozos, aunque la decadencia de esta industria, dio paso a la industria del calzado. La llegada del ferrocarril en 1882 ayudó a que hubiera un contacto comercial con el resto del país (Gómez Vargas, 2004:33).

Hasta entonces la ciudad había crecido en torno al centro de la ciudad, en el que los distintos usos de suelo se distribuían de manera radial en torno a la plaza principal así como a los centros de barrio. El uso de suelo industrial se mezclaba con el habitacional y estaba caracterizado por los talleres familiares, los de herrería y calzado instalados principalmente en el Coecillo, las curtidorías en el barrio Arriba y los textiles -rebojería- en San Miguel (García Gómez, 2011:75). A la vez que los usos de suelo se yuxtaponían, y aunque a cada barrio correspondía una actividad predominante, no existía una estricta especialización, habría zapateros en el Barrio Arriba y curtidores en el Coecillo (García Gómez, 2011:74).

En los años veinte, mientras que en el Barrio Arriba había gran cantidad de tenerías, algunas incluso movidas por energía eléctrica, la producción en las «picas», talleres familiares dedicados a la producción de calzado, continuaba especialmente en el barrio de San Miguel y del

Coecillo, donde también se fabricaban las herramientas<sup>3</sup> necesarias para la fabricación del calzado. También en esta década comenzó la producción masiva de hormas (Martínez Martínez, 2006:92). Así, ya al final de esta década estaban sentadas las bases para la expansión de la industria que se vivió en las décadas siguientes.

La consolidación de la industria fue un proceso que comenzó en la década de los cuarenta, gracias a algunas circunstancias específicas: *«las demandas del extranjero debido a la segunda guerra mundial y las demandas del interior del país debido al crecimiento industrial; la llegada de un nuevo tipo de maquinaria y tecnología industrial que facilitó el salto a una producción masiva e industrial; nuevas oleadas de migrantes que se incorporaron como fuerza de trabajo»* (Gómez Vargas, 2004:39). En la década de los cincuenta, la introducción de maquinaria cada vez más especializada continuó mejorando el proceso productivo y para los sesenta se vivió una gran ampliación de las empresas, tanto en cantidad como en tamaño, a la vez que las grandes empresas comenzaron a producir también sus propios insumos (Martínez Martínez, 2006:93).

Al construirse la central de autobuses en su ubicación actual, con la industria consolidada y reconocida a nivel nacional, la creación de una zona comercial enfocada en esa actividad mono industrial, era una consecuencia casi necesaria. Si observamos otra vez el plano de las transformaciones del barrio entre 1959 y 2010, notaremos que la zona contigua a la ubicación de la central sufrió una transformación tal, que prácticamente ninguna de las edificaciones que podría haber existido en esa zona persisten hasta nuestros días. En las calles La Luz, Española y Héroes de la Independencia, la estructura urbana se densificó dando pie a la creación de una infinidad de locales comerciales.

La zona anexa a la central de autobuses, un rectángulo comprendido entre las calles La Luz y Española, y entre Hilario Medina y Pachuca, se organiza alrededor de centros comerciales que albergan en su interior los locales comerciales (ver el plano de estudio “Zona Piel”), o bien en torno a varios de los hoteles que se han instalado en esa zona. Como se dijo antes, en esta zona los lotes son grandes y tienen pocas subdivisiones, posiblemente consecuencia de una urbanización nueva. También existen en esta zona pasajes comerciales, que cruzan las manzanas completas, lo que forma espacios donde los transeúntes pueden despla-

*3 La producción de cuchillas y herrajes es una actividad con una tradición longeva en el Coecillo, que persiste en la actualidad y a la cual me referiré posteriormente.*

zarse entre calles contiguas. Incluso en esta zona se ubica un conjunto habitacional conformada por edificios de cuatro niveles.

El corredor comercial, sin tanto impacto en la estructura urbana de la red vial, pero si en la morfología urbana, es el de la calle La Luz, en prácticamente toda la extensión de la calle, y las calles Española y Heroes de la Independencia, desde Hilario Medina hasta la calle Monterrey-San Cayetano. Aquí la dinámica es la de una gran cantidad de locales pequeños y muy estrechos, lo que conforma en prácticamente toda la extensión de la calle una primera crujía conformada por locales, que posteriormente da lugar a bodegas, o en muchas ocasiones a la vivienda. En el plano de estudio de manzana 1 he marcado la lotificación completa de la manzana y destacado cuáles son los lotes que se han transformado en comercio. Desde el punto de partida hasta antes de 1950, prácticamente todos los lotes tenían una ocupación habitacional. Puede notarse como los lotes que tienen su frente de fachada hacia la calle La Luz, han sido transformados en comercio. Algunos de ellos, como ocurre en toda la extensión de la calle, aún conservan su uso como vivienda, y sólo han transformado en comercio la primera crujía de la vivienda, la que da directamente a la calle. Por situarse ésta prácticamente en el corazón de la zona de comercio de zapato, también el frente de fachada de la calle Guadalajara se ha transformado en comercio, sin embargo en este caso estos locales (algunos con fondos de más de sesenta metros), funcionan como bodegas, las cuales abastecen a los comercios y a los autobuses que todos los fines de semana llegan a adquirir los productos que luego venderán en otras ciudades de la república.

La razón del proceso de transformación de las viviendas en esta zona mediante la subdivisión del lote, es aprovechar un frente de fachada de alto valor comercial. Recordemos que ésta era una zona lotificada en parcelas agrícolas de grandes dimensiones; el resultado de subdividir las es la creación de lotes de un frente muy estrecho y gran profundidad, lo que ocasiona dinámicas de ocupación peculiares. En

*Plaza del Zapato. Incluso la zona comercial en el Bulevar López Mateos tiene una lógica ajena a las condiciones del barrio.*



la manzana de estudio 3 es posible ver los vestigios de este proceso de subdivisión de los lotes.

La zona que tiene su frente de fachada al bulevar Adolfo López Mateos sufrió una transformación total, creándose servicios acordes a otra lógica, enlazados con el complejo Poliforum, que poco tienen que ver con la lógica del barrio.

4.3.1. LOS EJES COMERCIALES ORIENTE-PONIENTE (CALLES LA LUZ Y PARTES DE ESPAÑITA, HÉROES DE LA INDEPENDENCIA Y CALLES PERPENDICULARES). La llamada “Zona Piel”, según su propia autodenominación, constituye un rectángulo comprendido entre las avenidas Mérida, Fray Daniel Mireles, Bulevar Vasco de Quiroga y Bulevar Adolfo López Mateos; sin embargo, en este estudio he definido dos áreas diferentes que, aunque tienen el mismo uso comercial basado en el calzado y los artículos de piel, presentan evidentes diferencias morfológicas importantes. Por esta razón, en este estudio se analizarán de manera separada.

La primera corresponde al núcleo de seis manzanas comprendido entre las calles Españita, Pachuca, La Luz e Hilario Medina y al cual se adhieren algunos lotes de la fachada norte del tramo de la calle La Luz comprendido en ese polígono. Esta zona ocupa el espacio que está justo enfrente de la central de autobuses. Tanto en la estructura de las manzanas como en el tamaño de los lotes, es muy diferente a lo que sucede

*Las plazas comerciales agrupan vendedores de productos muy similares. Podría decirse que algunas se especializan en diversos giros.*



en el resto del barrio; sin embargo, al observar los planos históricos, notamos que la división de la manzana más grande que ocupaba ese espacio en las seis que existen ahora se dio antes de 1950, lo que significa que en su origen tenían un uso muy diferente al que tienen hoy.

En la actualidad los comercios de calzado pueden dividirse en dos tipologías básicas: la del gran almacén, que se trata de una tienda de grandes dimensiones, de un solo distribuidor, que se caracteriza por ofrecer al cliente espacios amplios e iluminados; la otra tipología importante en esta zona es la de la plaza comercial, agrupaciones de locales de muy pequeñas proporciones, creando pasillos al interior del edificio a través de los cuales muchas veces se puede cruzar la manzana, es decir, tienen dos frentes. Además, el tamaño de los lotes en esta zona permite que existan otra clase de equipamientos, que requieren espacios grandes, como hoteles y estacionamientos (ver el plano de la zona). Las manzanas al sur de esta zona tienen características muy diferentes, pues están más ligadas al eje comercial del bulevar Adolfo López Mateos y a la zona del Poliforum, que al Barrio.

La otra cara es el eje comercial que se genera en torno a las avenidas que parten desde el bulevar Hilario Medina, es decir desde la central, hacia el malecón del río y eventualmente hasta el centro a través del puente Barón y Morales. Las calles que conforman esta zona son La Luz, en prácticamente toda su extensión, Héroes de la Independencia, en su tramo entre la calle Bosque e Hilario Medina, así como los tramos comprendidos entre estas dos avenidas de las calles Mérida, Guadalajara, Pachuca, Ciudad Victoria, Taxco, Cuautla, Iguala y Monte Carlo.

Como he mencionado, ésta también es una zona comercial enfocada en la industria de la piel y el calzado, con la peculiaridad de que, en la calle La Luz, mientras más se acerca al Malecón del Río, prevalecen los comercios de insumos para la fabricación del zapato, rematando casi en el cruce de estas dos vialidades, con el Mercado La Luz, la autodenominada peletería más grande del mundo.

La lotificación en esta zona es la característica de la parte antigua del barrio, donde puede notarse la presencia de lotes grandes, que según las necesidades se dividieron constantemente durante toda la historia del barrio, hasta que en la gran mayoría de los casos quedaron lotes de aproximadamente cuatro metros de frente, y con un fondo que varía

según la ubicación de la manzana, pero que puede ir desde los cinco metros de fondo, hasta más de sesenta, como ocurre en muchos casos (ver plano). Estas subdivisiones seguían dándose hasta el siglo pasado, pues según los testimonios de los habitantes, aún se vendían incluso fragmentos del lote, y como puede apreciarse en el mismo plano, existen lotes con formas en L. Los vestigios de este proceso pueden apreciarse en el plano de la manzana de estudio 3. En estas calles, lo que fueron viviendas ha dado paso a los comercios, que se han adaptado a los espa-





*En los comercios de esta zona puede encontrarse una gran gama de productos. Las viviendas van dando paso a los comercios.*

cios preexistentes. Se ha desarrollado una tipología para dar respuesta a la necesidad de contar con espacios para el comercio, pues la gran mayoría de las viviendas transformadas en comercios cuentan con los mismos elementos.

En la manzana de estudio 2 analizo la fachada norte de la calle La Luz, en la manzana comprendida entre las calles Guadalajara y Mérida. Todas las demás han sido sustituidas, al menos en su primera crujía. Como los frentes de fachada son tan estrechos, casi la totalidad de la

parte baja de la misma está ocupado por el vano del acceso, que en la abrumadora mayoría de los casos se resuelve con una cortina corrediza. Dado que las calles del barrio tendían a inundarse hasta que en 2009 se implementó un drenaje profundo, los locales más antiguos ascienden desde quince y hasta cuarenta y cinco centímetros encima del nivel de la calle, mientras que los más recientes homologan su nivel con el exterior. Además, puede observarse cómo, aunque entre 2009 y 2011 se construyeron tres espacios comerciales nuevos, éstos siguieron empleando los elementos tipológicos que ya se han hecho presentes en toda la zona comercial del barrio.

El interior de los locales es por demás sencillo. Generalmente el espacio que se conforma es muy estrecho y largo, por lo que se recurre a instalar los mostradores en las paredes, dejando el espacio central para circulación, pues también entran los «*diablitos*» repletos de cajas de zapato.

El programa de necesidades de un local de calzado del Coecillo lo completa la bodega, aunque su relación con la zona del área de exhibición y venta es muy variada. Algunos de los locales lo tienen en la planta alta del espacio de exhibición; en otras ocasiones, cuando esta segunda planta no existe, se ubica en lo que sería la segunda crujía del predio, es decir, hay que pasar la zona de exhibición para acceder a la bodega. En otras ocasiones, sobre todo cuando el uso comercial solo se da en la primer crujía, y el resto del predio sigue funcionando como vivienda, la bodega se encuentra separada, en otra ubicación dentro del barrio, pero lo suficientemente cercana para que los diablitos puedan dar servicio.

4.3.2. CIRCULACIÓN DE MERCANCÍAS. Ligada a la zona comercial de la calle La Luz y Héroes de la Independencia existe una modalidad de comercio a mayor escala que tiene su lugar en los tramos de las calles Guadalajara y Pachuca, y en menor medida en las calles Ciudad Victoria, Taxco, Cuautla, Iguala y Monte Carlo, comprendidos entre ellas. Aquí abundan bodegas de zapato, que nutren a los pequeños comercios del resto del barrio, pero en los fines de semana también salen mercancías hacia otras ciudades de la república. La venta se da al mayoreo, y es común encontrar desde los viernes camiones de transporte, tráileres, y



*Diablos, artífices de la dinámica comercial del barrio.*

hasta camiones de pasajeros que llegan al barrio en verdaderas excursiones para adquirir las mercancías que luego distribuirán en sus lugares de origen. Es común, por tanto, encontrar también a los «diablos» los viernes atiborrando estos transportes de zapatos, por lo que esos días se transforma la dinámica comercial del barrio.

Así tenemos en el entorno urbano de la zona piel diversos niveles de comercialización, que inician con el comprador casual, que generalmente compra al menudeo. Si es foráneo llega de la central de autobuses, si es local llega desde las avenidas López Mateos e Hilario Medina y gene-





ralmente anda a pie. Ellos se abastecen en la gran cantidad de comercios minoristas de las Calles La Luz y Héroes (entre Mérida e Hilario Medina, sobre todo) y de toda la “Zona Piel”.

*Los compradores arriban de diversas partes del país. El comercio de calzado crea redes sociales especiales.*

Estos comercios son a su vez abastecidos desde las bodegas que mencioné, tanto por medio de camionetas, como por transportes no motorizados: a pie, en bicicleta o los mencionados «*diablos*».

Además los fines de semana se da el dicho comercio al mayoreo de los compradores foráneos, que arriban en transportes aptos para llevar gran número de mercancías y de pasajeros. Éstos se estacionan en las calles del barrio más cercanas al Bulevar Adolfo López Mateos los fines de semana.

Así, es evidente cómo el comercio del calzado y su distribución crea redes sociales especiales, pues pone a un barrio tradicional en contacto directo con otros centros urbanos del país a través de las redes comerciales que articula. Además, la visita de tantas personas y los medios de transporte en que se desplazan también influye en la forma en que se vive la calle, pues el tráfico durante las horas en que los comercios están abiertos es sumamente lento. Por las estrechas calles se desplazan a la vez una gran variedad de medios de transporte. Cuando los comercios cierran, esta zona decae bastante, pues la casi ausencia de viviendas ocasiona que ya no exista actividad fuera de los horarios laborales, y así las calles que de día viven una actividad intensa y una gran movilidad de personas y mercancías, en la noche quedan desoladas, pues sólo transitan por ellas quienes las utilizan solo como vías de paso o los usuarios del sistema de transporte colectivo.

**4.3.3. DE DÓNDE PROVIENE ESTA TIPOLOGÍA.** La creación de esta tipología responde a la existencia de una necesidad que estimula una respuesta desde la arquitectura. La necesidad en este caso proviene desde el usuario y en ella intervienen elementos complejos. Las transformaciones a consecuencia de las intervenciones que he analizado crearon una nueva serie de condiciones, a las que el barrio reaccionó desde su identidad.

La condicionante es la existencia de una movilidad constante de personas, de otras ciudades pero también de los propios leoneses, que

genera la central de autobuses. El nuevo nicho de negocio, que favorece el uso comercial de los espacios, contrasta con la existencia en el barrio de lotes de reducido frente de fachada, fruto del proceso de subdivisión del que se ha hablado; la mayoría son viviendas particulares. En la fachada muestra que he analizado puede observarse cómo los comercios han dado respuesta al problema de una manera tan homogénea que podemos hablar de la creación de una tipología.

Cada local comercial tiene tres elementos básicos, que son los que se repiten constantemente a lo largo de las calles de vocación comercial. El primero es el acceso-aparador, el gran vano en la fachada que es el que pone en contacto el local con la calle. La repetición de este elemento crea una fachada «porosa», accesible desde el exterior en la práctica totalidad de su extensión. El segundo elemento invariante son los espacios para publicidad, que generalmente consisten en rotulación de los logos de las marcas que se comercializan en el local, por lo que muchas veces, un pequeño local puede tener varios logos apiñados en el pequeño espacio que se ubica sobre el vano del acceso. El tercer elemento que se repite es el toldo, que a manera de viseras protegen del sol el interior del local, y que en algunos tramos, su continuidad permite caminar a cubierto por la banqueta durante algunos tramos del recorrido (Ver el diagrama anexo).

La repetición de estos tres elementos, a ritmos constantes, da la sensación de continuidad a través de las manzanas que conforman la zona comercial del barrio. Es interesante notar que en la fachada de la manzana 2 (tomada como caso de análisis durante el tiempo que duró este estudio, entre agosto de 2009 y diciembre de 2011) se construyeron tres nuevos espacios comerciales, que son los que están marcados en la imagen. Aunque son muy diferentes entre sí por diversas razones, están insertados en el mismo contexto y al final se mimetizan con el entorno, al incorporar los elementos mencionados.

4.3.4. TRANSICIÓN. DE LA VIVIENDA A LOS ESPACIOS PARA LA PRODUCCIÓN Y EL COMERCIO. Es notable la facilidad con que las viviendas del Coecillo se transforman en espacios productivos, proceso que se ha dado desde su misma fundación. En el Coecillo cada casa es un taller,



*En el Coecillo cada casa es un taller.*

dicen los viejos refranes, y aún hoy eso puede parecer cierto. Las picas, los talleres familiares de calzado, siguen el patrón que han tenido desde siempre, adaptando espacios en las viviendas para dar cabida a los procesos de producción del calzado: *«En 1833 un padrón de los pueblos del Coecillo proporcionó la información sobre los zapateros asentados en ellos: 19% de los pobladores de San Francisco del Coecillo eran zapateros»* (Labarthe Ríos, 1997:281). Es evidente que la tradición zapatera en el barrio tiene muchos años de arraigo.

Las viviendas, que ocupan lotes subdivididos, resultado de un proceso de densificación que se ha desarrollado a través de toda la historia del barrio, han asimilado a los métodos constructivos tradicionales, los sistemas y materiales actuales, por lo que es normal que a las antiguas casas de adobe se les realicen ampliaciones de bloques de concreto y castillos y losas de concreto armado. Las ampliaciones se dan por lo general por medio de módulos, habitaciones que se concatenan con espacios abiertos, patios, dando lugar a ritmos de espacios cerrados y abiertos.

Así, en uno de estos módulos, el del frente, con relación directa a la calle, se instalan los comercios, y no es poco común que estos sean la antesala de una vivienda. De igual manera, las picas de calzado, se instalan en los cuartos que por lo general tienen una relación más directa con los patios interiores.

El local de este tipo de talleres generalmente se encuentra en la parte posterior de la casa del dueño. Es tan sólo un tejabán o tapanco y por la naturaleza perecedera de los materiales con que está techado, da la impresión de ser provisional. La única división espacial notable es la que separa el área de trabajo –el taller– del área de habitación.

Durante la primera mitad del siglo XX, la principal actividad productiva en el barrio se daba por medio de las picas de calzado, que implicaban una forma específica de relaciones sociales. *«El sector del cuero y el calzado ha modelado y transformado el espacio urbano a raíz de las formas que ha tomado su organización productiva y comercial en los distintos períodos de la historia reciente de la ciudad»* (Estrada y Labazée, 2004:104). A principios del siglo pasado, las «picas» se instalaron en los domicilios del barrio de origen prehispánico como resultado de la lenta decadencia de los talleres textiles y de la reconversión paulatina de los antiguos tejedores hacia la actividad zapatera.

A su vez, con las transformaciones de la segunda mitad del siglo XX, los antiguos talleres familiares y las viviendas fueron desplazados a las calles más alejadas de la terminal. Las antiguas viviendas se transformaron en locales de venta al mayoreo y al menudeo de las mercancías elaboradas en la ciudad. *«Por otra parte, la calle La Luz, principal arteria del barrio que desemboca en la terminal, se convirtió en el centro de operaciones –tanto al contado cómo, a menudo, a crédito– entre compradores y pequeños dueños de ‘picas’: de las 10:00 a las 15:00, las transacciones de efectúan en cada esquina de la calle sobre volúmenes unitarios que van desde la media hasta las dos docenas de pares de zapatos, que han sido producidos durante los días anteriores»* (Estrada & Labazée, 2004:108).

Antiguamente, el Coecillo también se caracterizaba por la producción de cuchillos que se fabricaban de manera artesanal. Esta actividad estaba ligada a la producción de herrajes y monturas que fueron importantes durante el siglo XIX y principios del siglo XX. Al igual que la otra actividad importante del barrio durante el siglo XIX, la produc-

ción de rebozos, la fabricación de herrajes decayó rápidamente durante la primera mitad del siglo XX. Hoy quedan vestigios de esta actividad, e incluso la calle en la que se establecían la mayoría de las herrerías conserva el nombre de Herreros (además de las calles como Yunque, y Marro, que están subordinadas a esta).

La fabricación de cuchillos derivó de la decadencia de la de herrajes, y vivió un pequeño auge a la par de la fabricación de zapato: dado que los productores también trabajaban de manera artesanal, requerían de esta clase de herramientas. Sin embargo, con la industrialización y la introducción en todos los niveles productivos de maquinaria especializada para los procesos de producción del calzado, esta industria decayó casi de manera definitiva. Hoy persisten algunos cuchilleros en la calle Herreros, que perseveran en la manera artesanal de fabricación. La empresa Vilma, de la célebre familia Coecillense de Los Vilches, ha industrializado la cadena productiva en la fabricación de cuchillos, y aunque sus fábricas y bodegas han salido del barrio, aún mantienen su sede en la calle Herreros.

El barrio ha cambiado a través del tiempo, por muchas circunstancias. Su arquitectura se ha ido adaptando a las nuevas necesidades. Ya el siglo pasado nos deparó dos tipologías arquitectónicas diferentes, para dar cabida a actividades diferentes. Las «*picas*» y los comercios, que aún hoy siguen creándose y recreándose, tanto en los procesos simbólicos e imaginarios como en los de las actividades cotidianas, son las modestas aportaciones que en arquitectura este barrio ha legado a sus habitantes. Hoy es difícil saber qué eco encontraran estas tipologías en el futuro, lo más probable es que cuando sus habitantes decidan dedicarse a otra cosa, estas tipologías cambiarán o desaparecerán, adaptándose a las nuevas circunstancias. Este es el destino de esta arquitectura, que se liga a los procesos más volubles de la identidad local.

*Las ampliaciones se dan por medio de bloques modulares: los «cuartos».*

*Desde principios del siglo XX, las picas se instalaron en los domicilios del Barrio. Propician formas particulares de interacción social y de capacitación para el empleo.*



## **CAPÍTULO V**

### **Conclusiones**

5.1 La identidad se construye y reconstruye	117
5.1.1 Procesos de revitalización	119
5.2 La identidad como estrategia política. Modificaciones.	123
5.3 La identidad es una manifestación contemporánea	124

Dentro del contexto metropolitano de la globalización podemos observar dos tendencias aparentemente contradictorias: por una parte la tendencia a la homogeneización cultural ligada a la cultura mediática global, y por otra la tendencia a la fragmentación y pluralidad cultural.

La primera tendencia suele interpretarse como la ruta hacia lo que muchos identifican con la mono culturización capitalista. Sin embargo, como dice Gilberto Giménez, los productos culturales no tienen significado en sí mismos o por sí mismos, al margen de una apropiación subjetiva, y de ninguna manera nuestra cultura o nuestra identidad se reduce a nuestro consumo circunstancial de los mismos (2005:492). Es decir, la proliferación de estos productos, o bienes de consumo global, convertidos en sus símbolos, no implican necesariamente cambios en la identidad cultural.

Sin embargo, según la segunda tendencia, la ciudad es el lugar de la diferenciación, de la heterogeneidad cultural, donde encontramos una yuxtaposición de culturas diversas (Giménez, 2005:493). Si podemos pensar que esta exuberancia de manifestaciones culturales urbanas se nos presenta de manera excesivamente dispersa, en realidad, de acuerdo al mismo autor, poderosos actores culturales como el estado, la iglesia, los medios etcétera, se encargan de organizar, y en cierta medida ordenar las diferencias.

Siguiendo el discurso de Gilberto Giménez, las ciudades modernas, que intentan articularse en torno al núcleo de ciudades mundiales, se conforman en base a un agregado de pobladores de origen diverso, de diversas procedencias. *«Estos pobladores podrían habitar el uno junto al otro y mantener entre sí relaciones funcionales y utilitarias relacionadas con el mercado y la administración citadina, pero desde el punto de vista cultural constituirían una masa heterogénea, carente de identidad colectiva»* (2005:494).

En resumen: la ciudad moderna, es el lugar de las memorias débiles y fragmentadas y, por eso mismo, de la desaparición lenta de las identidades colectivas. Por eso la sentimos cada vez menos como *«un lugar existencialmente apropiado, y cada vez más como espacio abstracto, como jungla, como no lugar»* (Giménez, 2005:494). Esto nos lleva a hacer la suposición, como concuerda Patricia Safa Barraza, de que mientras en las sociedades urbanas contemporáneas la comunidad, en el sentido sociológico se desvanece, prevalece el deseo de la gente de pertenecer (1998:273).

La identidad se conforma como una experiencia de compromiso con un lugar y no un accidente de nacimiento o una delimitación geopolítica. En esta misma línea, Patricia Safa Barraza también reitera la importancia de entender la identidad como el sistema de representaciones y prácticas a través de las cuales las personas construyen el arraigo a un lugar (1998:273). Por tanto, estas representaciones no solo aluden a una *«imagen»* del lugar, sino a un cúmulo de elementos a los que dan sentido.

*Los habitantes, a través de sus prácticas, de su uso de los símbolos y los lenguajes, crean y recrean la identidad barrial. Procesión del silencio, plaza de San Francisco. Fotografía de Pili García*



Las identidades no son estáticas. Cambian con el tiempo, al igual que se transforma la sociedad de la que forman parte. La identidad surge ante un conflicto, o se recurre a ella para negociar las condiciones de existencia. Son los propios habitantes, a través de sus prácticas, de

su uso de los símbolos y los lenguajes, quienes contribuyen a crear y a recrear la identidad local.

Considero que el estudio de las identidades locales en ciudades determinadas por la movilidad y la globalización es relevante porque las identidades son construcciones sociales y culturales, cuyas prácticas y representaciones requieren ser interpretadas y apropiadas.

### 5.1. LA IDENTIDAD SE CONSTRUYE Y RECONSTRUYE

En este trabajo he hecho hincapié en la condición dinámica de la identidad. El Coecillo ciertamente ha conservado una identidad propia dentro del contexto de la ciudad. Sin embargo, la ciudad ha cambiado y el barrio también, y por tanto, su identidad se ha transformado. Estas modificaciones han ocurrido sin perder el sentido de continuidad a través del tiempo; no obstante, responden a un proceso de adaptación a las nuevas circunstancias.

Es así como he identificado en el entorno construido arquitecturas en las que reconozco las manifestaciones de estas dos tendencias. Por un lado aparecen entornos en los que la comunidad demuestra sus intenciones de mantener su cultura y su identidad perenne e inamovible a través del tiempo, que se materializan en monumentos considerados históricos, no sólo por la comunidad, sino también por los visitantes y por el resto de la ciudad. Es en estos monumentos, que por esa jerarquía se transforman en símbolos, donde la comunidad realiza sus principales fiestas y eventos multitudinarios que hacen partícipes a la práctica totalidad de los individuos que se identifican con la comunidad, donde refuerzan sus lazos de cooperación dentro de ella y su implicación con el grupo. Su participación en estos eventos es testimonio de su adhesión al grupo y de la aceptación (asimilación) de esa identidad.

Por otro lado, también he querido demostrar la manifestación de una identidad «*adaptable*» en la arquitectura. El Coecillo no siempre fue como ahora. El gran comercio de calzado tiene en el barrio apenas una historia de cincuenta años, y sin embargo, se ha conformado un entorno urbano adaptado para este comercio, enlazado con los procesos de fabricación a gran escala que suceden en toda la ciudad. La arquitectura del barrio, en muchos casos la propia vivienda, se adaptó para poder

*La participación en los eventos multitudinarios crea y refuerza los sentidos de pertenencia y adición al grupo. Procesión del silencio. Fotografía de Tomás Castelazo*



dar cabida a estos procesos. Incluso, como mencioné, la nueva arquitectura que surge en estas zonas comerciales –ya no por adaptación, sino por sustitución– sigue las mismas pautas.

En estas circunstancias se crean nuevas tipologías. Surgen de la necesidad y de la intención de dar solución a las demandas del entorno, y la sociedad las reproduce mientras las interioriza y las reproduce. Si las necesidades cambian, esta arquitectura también cambia.

Los espacios se vuelven significativos cuando las personas los reconocen, porque les otorgan un valor especial. Tal vez, en los espacios que he analizado, este proceso se encuentra en marcha, o tal vez nunca suceda del todo. En este trabajo he estudiado estos fenómenos tal como suceden actualmente. Una revisión de los mismos espacios dentro de un lapso de tiempo de diez o quince años quizá pueda dar respuesta a estas interrogantes que aquí apenas se han planteado. Sin embargo, como lo manifestaron las encuestas, este proceso podría comenzar por el reconocimiento de la sociedad del proceso productivo y de comercialización del calzado como propio, pues el cien por ciento de los encuestados manifestó que el zapato es el producto típico del barrio, y que éste es de buena calidad. Estos referentes manifiestan en cierta medida su reconocimiento del grupo y su adición de algún modo voluntario y buscado al mismo.

5.1.1. PROCESOS DE REVITALIZACIÓN. La revitalización de las zonas urbanas, como está sucediendo en el barrio del Coecillo, es un proceso complejo; en él participan grupos heterogéneos que muchas veces pueden tener posturas encontradas. Esto sucede así, pues como lo señala Gilberto Giménez, la relación entre las identidades individuales y colectivas es complementaria, por lo que la identidad individual se define por el conjunto de sus pertenencias sociales (étnicas, nacionales, religiosas, familiares, etc.) (2005:502). Esta característica es la que otorga la diversidad a los grupos humanos, que además en un entorno urbano son propensos al contacto con una gran cantidad de otros grupos cercanos. Gilberto Giménez explica que la identidad no es «fragmentada» sino multidimensional, por lo que los individuos pueden moverse en los diferentes círculos sin por eso renegar de la identidad colectiva (2005:502).



*En los procesos de restauración de los espacios comunitarios intervienen una amplia gama de intenciones. En ellos se involucran diversos sectores de la comunidad, cada cual aporta su parte. Restauración de murales en el templo de San Francisco.*

Las intenciones de revitalización se enfocan principalmente en los edificios históricos, pues es en ellos dónde la renovación del barrio se hace más visible, aunque evidentemente abarcan amplios sectores urbanos. En el Coecillo existen varias iniciativas de renovación; tres de ellas ya se encuentran en marcha. Por un lado, las organizaciones vecinales proponen y ejecutan proyectos de restauración o reparación muy

concretos, que gestionan apoyándose en una diversidad de medios a los que tienen acceso. De esta manera, de la mano del programa 3x1 para migrantes de SEDESOL, las organizaciones vecinales lograron la restauración del templo de San Francisco, su atrio y del teatro Fray Pedro de Gante. Asimismo, gestionan recursos para obras como la construcción del puente de la calle Ramos sobre el cauce del Arroyo del Muerto, que ya se llevó a cabo, o demandan el «rescate» de otros espacios, como plazas o jardines, en los cuales detectan deterioro. Estas organizaciones son las primeras en denunciar lo que ellos consideran «*pérdida de identidad*», pues los miembros más radicales de estos grupos son también los más reacios a aceptar cambios en la comunidad. Sin embargo, también son ellos los que encuentran más eco en la sociedad, y que tienen la posibilidad de aprovechar muchos medios de financiamiento de acuerdo a sus capacidades de gestión.

También son estas asociaciones las que a través de las festividades, convertidas casi en rituales colectivos, integran a la práctica totalidad del barrio y de esta forma renuevan el sentido de pertenencia de los individuos al grupo. En estas festividades, que se realizan en los entornos más representativos del barrio, se destacan de manera sutil los principales valores sociales y culturales de sus habitantes. La participación en los eventos masivos, que siempre tienen una variedad de ambientes que permite participar a todos, es lo que de cierta manera permite diferenciar a quienes pertenecen al grupo.

*En los espacios más significativos se realizan los eventos, algunos casi rituales, que renuevan el sentido de pertenencia de los individuos.*



Los otros dos proyectos importantes de renovación son impulsados por el municipio a través de su Instituto de planeación, el IMPLAN. El primero, nombrado «*rutas del peatón*», propone conectar los espacios históricos del Coecillo con otros barrios vecinos y con el centro de la ciudad, y debe entenderse dentro de un proyecto de amplias proporciones a nivel municipal, que busca dar prioridad al tránsito peatonal, ciclista y colectivo, por encima del automóvil motorizado. El segundo busca potenciar la zona económica conocida como Zona Piel. Ambos implican una mejora de la imagen urbana a través de la remodelación del espacio público, ocultamiento de cableado en superficie y modificación de los pavimentos, sobre todo en cuanto al espacio destinado para el tránsito asignado a vehículos y peatones.



*Las autoridades también participan en los procesos de renovación. La identidad se usa como estrategia política para concretar ciertas intervenciones. Inauguración por parte del alcalde Vicente Guerrero y el gobernador Juan Manuel Oliva.*

En los tres casos se trata de proyectos que implican la inversión de un capital político, económico y humano en el mejoramiento de un espacio ya construido, que actualmente funciona y dentro de ciertos parámetros podemos decir que funciona bien, y sin embargo absorbe nuevos recursos. Esto tiene una explicación. Ciertamente, podemos mencionar intereses políticos y económicos. Es conveniente señalar que la velada intención de estas modificaciones, que ponen como punto de partida la recuperación de un entorno histórico, es dar solución a las problemáticas del presente.

Se busca recuperar el pasado añorado desde una visión del presente, atendiendo a las problemáticas actuales, y pensando en el futuro. Los problemas sociales de identidad no son problemas sobre la preservación de un pasado, son del hoy. En las luchas por la preservación de la identidad no puede preservarse algo que no es actual, hablaríamos de la recuperación de un pasado perdido. Pero como lo he dicho anteriormente, la identidad tiene una sensación de continuidad y de persistencia a través de la historia, y rara vez admite reconocer interrupciones.

Esta preocupación por preservar el patrimonio edificado, rescatar los espacios públicos y de convivencia y mejorar la imagen urbana, responde a los principales problemas actuales del barrio, como la búsqueda de preservar las antiguas relaciones sociales y el reconocimiento de las fronteras territoriales y simbólicas.



*Se busca preservar un modo de vida que se considera valioso. Un deseo de que ese modo de vida prevalezca.*

## 5.2. LA IDENTIDAD COMO ESTRATEGIA POLÍTICA. MODIFICACIONES.

En comunidades como el Coecillo donde existen pugnas por los espacios, tanto físicos como simbólicos, y donde también se debaten los cambios en el uso de suelo, se menciona el término identidad en todo momento como un argumento para conseguir los fines que cada facción persigue, aún cuando puedan resultar contradictorios.

En las comunidades «*históricas*», las huellas del pasado se utilizan para articular la lucha por las decisiones sobre el territorio. Las interpretaciones de la identidad y el sentido que se da al valor histórico suelen conformar los fundamentos de esta pugna. En el Coecillo, esta lucha se articula en base a fuerzas que a veces es difícil detectar. La continuidad histórica que en apariencia mantiene la identidad del grupo, y que se manifiesta a través del espacio urbano-arquitectónico, ha ido modificándose con el tiempo, y no siempre es interpretada de igual manera por diferentes sectores de la sociedad. Partiendo de un mismo punto (la reinterpretación de los procesos históricos que nutren la concepción de identidad), diferentes actores pueden tener argumentos encontrados.

La descripción e interpretación de los espacios que realizan los sujetos que los habitan, se da desde lo que Luz Aurora Pimentel llama una descripción focalizada, asumida por cada uno de los actores (1998:35). De hecho, toda descripción es un proceso discursivo de “iconización de la significación” del barrio, que funge como tema descriptivo.

Como he mencionado anteriormente, la identidad es una representación imaginada. “En el Coecillo, cada casa es un taller”, versa un viejo dicho popular y aunque hoy los comercios sobrepasan en número los talleres, esa percepción prevalece. La reinterpretación de los espacios simbólicos, de los símbolos colectivos del barrio, puede resultar ambigua. La historia se reivindica de manera subjetiva, es decir, desde un contexto actual, y en esa reivindicación intervienen intereses contradictorios.

Las interpretaciones de la identidad sirven entonces para legitimar las propuestas de intervención, ya que éstas afectan los símbolos colectivos que caracterizan el espacio. Los cambios de uso de suelo alteran la

morfología de forma directa, y ello conlleva cambios sociales y de estilos de vida, y con ello, alteran la identidad.

### 5.3. LA IDENTIDAD ES UNA MANIFESTACIÓN CONTEMPORÁNEA

La preservación de espacios y tradiciones busca de alguna manera, «*recrear el pasado*» que se considera amenazado y valioso. Implica una fuerte crítica, denuncia la desaparición de las tradiciones o costumbres. Aún hoy es común escuchar con cierta añoranza comentarios de los antiguos trabajadores de las picas de calzado, refiriéndose a la época en que ellos se capacitaron como zapateros, como zorritas, que era como los trabajadores les llamaban a sus jóvenes aprendices. Hoy esta costumbre está en pleno declive, los trabajadores se capacitan por otros medios y la vida en las picas es muy diferente a como lo era hace décadas.

Estas memorias, ligadas a espacialidades concretas, son parte del reconocimiento de los habitantes del barrio de las transformaciones de la identidad, que implica una réplica, un deseo de que su modo de vida prevalezca. Sin embargo, lentamente la actividad comercial reemplaza a la de las fábricas zapateras, como éstas a su vez reemplazaron en su momento a los herrajes y a los fabricantes de zarapes y otros textiles.

La preservación es una lucha de reconocimiento. El reconocimiento de la comunidad de sus derechos de auto gestionarse, de manifestarse, y sobre todo, el reconocimiento de su cultura, de su diferenciación del resto de la población. Las identidades colectivas no son rígidas, son flexibles y cambian con el tiempo, pero requieren manifestarse en la arquitectura, en las tradiciones y las fiestas, para dar señales de permanencia.

Se preserva a través de la revitalización, y ésta se basa en la tradición y la memoria. La preservación de la identidad significa el deseo expreso de conservar un estilo de vida, y potenciarlo para perdurarlo hacia el futuro.

La comunidad busca preservar sus monumentos considerados patrimoniales, pero estos monumentos no tendrían significado por sí mismos, sino es la comunidad quien los dota de sentido y son la mues-

tra del deseo de la comunidad por renovarse, por permanecer vigente ante los cambios que inevitablemente seguirán sucediendo. Es la propia sociedad la que se renueva, y en la búsqueda por preservar estos momentos en los cuales han intentado materializar su historia hay una intención de buscar manifestar la perpetuidad del propio grupo que les creó y les mantiene vigentes.

Finalmente, todos los habitantes del barrio, del entorno urbano deben reconocer los espacios como propios, porque en ellos su identidad se manifiesta, y su propia existencia se hace posible solo ligada a ellos. Cuando interrogué a uno de los habitantes del Coecillo sobre la razón por la que prefieren cerrar una calle (en concreto la calle Acapulco) para celebrar su fiesta patronal, en vez de optar por otro espacio público, mi interlocutor me respondió, con toda naturalidad, *«porque son nuestras, son nuestro patrimonio»*. Finalmente son todos los rituales, incluso los más cotidianos los que verdaderamente dotan de sentido a los espacios, les permite seguir siendo los símbolos de la colectividad, y así a través de ellos, construir y reconstruir día a día el sentido de pertenencia al lugar.

## **BIBLIOGRAFÍA**

1. ALEGRE VEGA, LUIS (1992), *El coecillo habitado antes que León*. Periódico a.m. de León. 21 de Septiembre de 1992.
2. ALEGRE VEGA, LUIS (2005), *El Coecillo: un orgullo de barrio*. H. Ayuntamiento de León, León Guanajuato, Fomento al Turismo, 109 pp.
3. ASCHER, FRANÇOIS (2004), *Los nuevos principios del urbanismo*. Alianza Editorial, S.A., Madrid España, 96 pp. ISBN: 8420641987
4. AUGÉ, MARC (2003), *El tiempo en ruinas*. Editorial Gedisa, Barcelona, 158 pp. ISBN 978-84-7432-993-3
5. AUGÉ, MARC (1995), *Los 'No lugares' espacios de anonimato*. Editorial Gedisa, Barcelona, 125 pp. ISBN 84-7432-459-9
6. AUGÉ, MARC (2007), *Por una antropología de la movilidad*. Editorial Gedisa, Barcelona, 93 pp. ISBN 978-84-9784-235-8
7. BARTRA, ROGER (2007), *Anatomía del mexicano*. Editorial Debolsillo, México DF, 318pp. ISBN 978-970-780-480-7
8. BERGER, PETER (2003), *La construcción social de la realidad*. Amorrortu editores, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, 231 pp. ISBN 950-518-009-8
9. CABRERA, ANTÓNIO J. (1985) *Noticias topográficas y estadísticas de la Ciudad de León de los Aldama*. Presidencia Municipal de León. León Guanajuato, 56 pp.
10. CAMPOS SALGADO, JOSÉ ÁNGEL (1993), *Transformaciones de la arquitectura y la ciudad*. UNAM, Facultad de Arquitectura, México DF, 122 p. ISBN: 968-36-2607-6

11. CAMPOS SALGADO, JOSÉ ÁNGEL (2005), *Para leer la ciudad: el texto urbano y el contexto de la arquitectura*. UAM, Unidad Xochimilco, UNAM, Facultad de Arquitectura, México, D.F. 159 PP. ISBN: 970-31-0388-X
  
12. ESQUIVÉL OBREGÓN, TORIBIO (1992), *Recordatorios públicos y privados León, 1864-1908*. Universidad Iberoamericana, 275 pp.
  
13. GARCÍA GÓMEZ, MIGUEL ÁNGEL (2011), *Transformaciones urbanas de León, SIGLO XX*. Tlacuilo ediciones, León Guanajuato
  
14. GIMENEZ, GILBERTO (2009), *Identidades sociales*. CONACULTA / Instituto Mexiquense de Cultura, , 319 pp. ISBN: 968-484-692-4
  
15. GIMENEZ, GILBERTO (2005), *Cultura, identidad y metropolitano global*. Revista Mexicana de Sociología 67, núm 3, pp 483 - 512. ISSN-0188-2503
  
16. GÓMEZ VARGAS, HÉCTOR (2004), *La ciudad y la furia. Hacia una cronología sociocultural de León*. Universidad Iberoamericana León, León Guanajuato, 147 pp. S/ISBN
  
17. GONZÁLEZ LEAL, MARIANO (1990), *León. Trayectoria y destino*. Ed H. Ayuntamiento de León, León Guanajuato, 263 pp. S/ISBN
  
18. IMPLAN (2009), *Cartera de proyectos 2009 - 2012*. <http://www.implan.gob.mx/planeacion-estrategica/cartera-de-proyectos>
  
19. JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO. (1933), *Brevísimo resumen de historia antigua de Guanajuato*. Imprenta moderna, León Guanajuato. 7299. S/ ISBN
  
20. KOOLHAAS, REM (2007), *La ciudad genérica*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 62 pp. ISBN 978-84-252-2052-4
  
21. LABARTHE RÍOS, MARÍA DE LA CRUZ (1997), *León ente dos inundaciones*. Ediciones La Rana, 559 pp

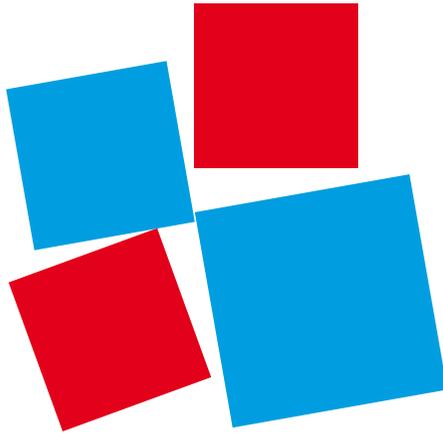
22. LABARTHE RÍOS, MARÍA DE LA CRUZ & ZERMEÑO MÉNDEZ, SALVADOR (2004), *Arquitectura leonesa, identidades en el tiempo*. Dirección de Turismo Municipal, León Guanajuato, 110 pp. S/ISBN
23. LIRA, J. SÓSTENES (1914), *Efemérides de la ciudad de León. Colección de datos y documentos para la historia de la misma población recopilados por j. Sóstenes lira*. Imprenta J. M. Rivera, León Guanajuato.
24. MARTÍNEZ MARTÍNEZ, ADRIANDA (2006), *Capacidades competitivas en la Industria del Calzado en León*. Plaza y Valdés Editores, México DF, 338 pp. ISBN: 970-722-386-3
25. NAVARRO VALTIERRA, CARLOS ARTURO (1996), *El Tetracentenario del Barrio de San Miguel*. Revista Tiempos. Órgano de divulgación del Archivo Histórico Municipal de León, No. 36, julio-agosto 1996.
26. NAVARRO VALTIERRA, CARLOS ARTURO (2008), *Los barrios de León: San Francisco del Coecillo*. Ediciones del Archivo Histórico Municipal de León, León Guanajuato, 202 pp. S/ISBN
27. NAVARRO VALTIERRA, CARLOS ARTURO (2004), *Parroquia de la Purísima en San Juan del Coecillo*. Revista Tiempos. Órgano de divulgación del Archivo Histórico Municipal de León, No. 83, julio-agosto 2004.
28. NAVARRO VALTIERRA, CARLOS ARTURO (2008), *Los barrios de León: San Francisco del Coecillo*. Ediciones del Archivo Histórico Municipal de León, León Guanajuato, 202 pp. S/ISBN
29. NORBERG-SCHULZ, CHRISTIAN (1991), *Genius Loci: Towards A Phenomenology of Architecture*. Editorial Rizzoli, 216 pp. ISBN: 978-0847802876
30. ESTRADA, MARGARITA & LABAZÉE, PASCAL (2004), *Los pequeños empresarios del sector cuero y el calzado de León, Guanajuato. Lógicas sociales y adaptaciones a la globalización*. Producciones locales y globalización en los países emergentes: México, India y Brasil. CIESAS.

31. PENSADO LEGLISE, PATRICIA & REAL GARCÍA FIGUEROA, MARÍA DE JESÚS (2003), *Historia oral de San Pedro de los Pinos: conformación y transformación del espacio urbano en el siglo XX*. Colección Historia Oral, Editorial Mora. México, 2003, 110pp. ISBN 970-684-084-2
32. PENSADO LEGLISE, PATRICIA (2004), *El espacio generador de identidades locales*. Instituto Mora, Mexico DF, 190 pp. ISBN 970-684-087-7
33. PIMENTEL, LUZ AURORA (1998), *El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa*. Editorial Siglo XXI, México DF, 191 pp. ISBN: 968-23-2316-9
34. ROSSI, ALDO (2004), *La arquitectura de la ciudad*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 312 pp. ISBN 84-252-1606-0
35. SAFA BARRAZA, PATRÍCIA (1998), *Vecinos y vecindarios en la ciudad de México. Un estudio sobre la construcción de las identidades vecinales en Coyoacán*, D.F. Porrúa, México, 306 pp. ISBN: 968-842-811-6
36. SALDARRIAGA ROA, ALBERTO (1975), *Habitabilidad*. Escala Fondo Editorial, Bogotá, Colombia, 136 pp. S/ISBN
37. SCIOLLA, LOREDANA (1983), *Identità*. Rosenberg y Sellier, Turín, pp. Traducción de Gilberto Gimenez. ISBN: 978-887-0111798
38. VENTURI, ROBERT (2003), *Complejidad y contradicción en la arquitectura*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 234 pp. ISBN 84-252-1602-8
39. VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, JOSEPH ANTONIO DE (1748), *Theatro americano: Descripción general de los reynos, y provincias de la Nueva-España, y sus jurisdicciones*. En la Imprenta de la viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, 428 pp. Consultado en: [http://books.google.com.mx/books?id=sqkoMHPtYjwC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f=false](http://books.google.com.mx/books?id=sqkoMHPtYjwC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false)
40. WAISMAN, MARINA (1995), *La arquitectura descentrada*. Editorial Escala, 119 pp. ISBN: 958-9082-85-8



Para su composición tipográfica se utilizaron las familias **Farham Text** y **Myriad Pro**. El diseño estuvo a cargo de Ruy Muñoz.





El entorno urbano es el espacio donde se manifiestan los procesos socioculturales que dan sentido a los individuos que conforman una sociedad local. La identidad local se aprehende de la percepción comunitaria del espacio, donde el lugar se mantiene al paso del tiempo como vínculo que permite el desarrollo de formas particulares de sociabilidad. Este trabajo desarrolla dos ideas centrales. Primero, entender la ciudad como una expresión de la historia y de la cultura, en los que la sociedad objetiva su identidad a través de procesos simbólicos. Esta arquitectura permite distinguir ese territorio de otro y entonces construir un sentido de pertenencia a él. Por otro lado, entender la ciudad como el marco geográfico en el que se generan determinados estilos de vida, y por lo tanto en donde determinadas actividades se hacen posibles. La identidad del grupo no solo se ve objetivada en los monumentos, sino que diario se recrea en las actividades cotidianas, que van modificando a través de la lenta erosión de los años, los espacios donde se realizan. La arquitectura en entornos tan específicos como los barrios antiguos de nuestras ciudades no solo permanece reteniendo la historia y la cultura. Como la identidad, se transforma dando una sensación de continuidad a través del tiempo, pero adecuándose a las circunstancias siempre cambiantes del universo más amplio del que forman parte.

